



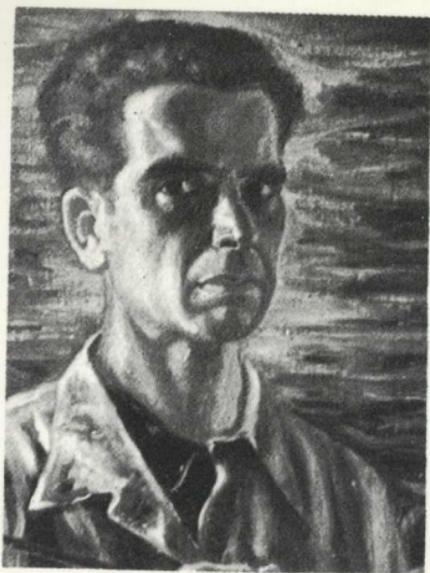
FERNANDO MON

C346/12

MASIDE

ARTISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS





Renovador de la pintura gallega y, sin duda alguna, uno de los primeros pintores españoles de los últimos tiempos. Carlos Maside se caracterizó siempre por una insobornable actitud humana.

Carlos Maside, que juntamente con Alfonso R. Castelao, dio un sentido nuevo a la interpretación humana del hombre gallego y su paisaje, sancionó con el ejemplo, y aún con su propia vida, su pasión renovadora.

Fue con Souto, con Seoane, con Colmeiro y

C 346/12

MASIDE

FERNANDO MON

*Miembro de la Asociación Española de Críticos de Arte
Correspondiente de la Real Academia Gallega*



DIRECCIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES.

C 346/12

MAVIDE

R. 32.463



Edita: Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia
Imprime: Lit. Hijos S. Durá, S. A. - Angel Guimerá, 33 - Valencia-8
Depósito legal: V. 3.754 - 1972

EL PINTOR

Por valle de caldos **agude-
los** (1) —Ponte Ulla, Carcacia,
Pontevea—, al pie del Pico Sagro
ahíto de leyendas jacobeanas, enla-
zando con el mismo Padrón o
pedrón (2), en el que acoderaría
la barca del Santo Apóstol, se
abre la provincia de Pontevedra
sobre el Ulla, con el topónimo
prometedor de Pontecesures.

Pontecesures tiene vocación
ecuménica desde su garganta flu-
vial en la que se libera la ría
de Arosa por Cotoira y Carril.
Las gentes de la comarca, ence-
rradas en sus áureas tradiciones,
le dan asimismo el nombre de
San Lois (3), galaico onomástico
que se debe, sin duda, a la vene-
ración que sienten los habitantes

(1) Variedad de vino gallego de poca graduación.

(2) Piedra muy grande.

(3) San Luis.

de aquellas tierras por San Luis, rey de Francia, puesto que allí, en su iglesia parroquial, tiene imagen.

A Pontecesures llegaría pues, con inédita frescura, el eco iriense del milagro jacobeo. Llegaría a través de las viejas calzadas romanas, por valles de fronda verdescente, cuando Alfonso II, notario del suceso más importante de la cristiandad naciente, testificaba en el bosque del Libredón la presencia espiritual de Santiago el Mayor, hijo del Cebedeo y de Salomé, de la noble tribu de Judá.

El áurea apostólica jacobea pues, tropezaría aún con los embates de las gnosis heréticas de Valentín, Marción y, particularmente, de Prisciliano, en unos momentos precisamente, en que empiezan a llegar hacia ese mundo en nacimiento el eco del heretismo maniqueo de Oriente, o las imbricaciones pragmáticas de la doctrina de Zoroastro. Este tropiezo ideológico que tendría su punto de tensión, sin duda, allí mismo, a lo largo de la verde llanura que abarca Iria y las tierras de más allá del río Ulla, como noble solar de Prisciliano y antiquísima ubicación del templo de Isis, antes de que la naciente cristiandad celtoromana instaurase el primer templo mariano del orbe, y Santiago apareciese en humilde barca viajera.

Pues allí mismo, margen derecha del Ulla en su confluencia con el Sar, por el puente de Flavio Vespasiano adelante, se abre para la historia civil un topónimo: Pontecesures; y para la historia del arte un onomástico: Carlos Maside García.

¿Cómo era aquél muchacho nacido el día 16 de marzo de 1897 en San Xulián de Requeixo, entonces ayuntamiento de Valga, hasta que se creó en 1926 el municipio de Pontecesures?

Su niñez transcurre, según testimonio de con-

temporáneos, en la paz de los campos cesureños, conviviendo con los campesinos de San Xulián o contemplando con nostalgia las gráciles **dornas** (4) impulsadas por los **valeiros** (5), atentos siempre a la captura de la solla y el múgel. Esta primera impresión de su niñez, los trabajos y los días del pueblo, habría de ser definitiva, andando el tiempo, en el arte de Maside.

Pero no cabe duda que el niño sería reflejo fiel de su adolescencia, y aún de su granada madurez. Serio, reflexivo, introverso en sus relaciones humanas, pero a un tiempo desbordante de auténtica comunicabilidad, tendría especial atención para su mundo circundante. Sus juegos por el valle de Valga con inicial predilección por la naturaleza, terminarían, las más de las veces, cabe los pinos, acogido a su sombra maternal; o por las riberas del mar de Arosa, ahito de velas desplegadas por vagabundas brisas del nordeste, cuando empezaba ya —papel y lápiz— a resultarle inquietante el mundo de las formas y de los colores que tenía asomado a sus ojos como una promesa auroral; aquella misma promesa joven de la que iría saturando su espíritu infantil como si fuese bañado por la última ola solitaria que muere en el arenal arosano.

Carlos Maside, el muchacho serio e introverso, el aprendiz de pintor por las tierras y la mar de Arosa, va creciendo en años y en experiencias vitales.

Se acerca, sin embargo, su primera rotura con el mundo íntimo que le rodea, su primer gran dolor, cuando apenas había concluido los estudios primarios en aquella escuela rural de San Xulián.

(4) Pequeña embarcación de quilla plana y vela latina.

(5) Marineros que pescan al "valo"; arte de pesca en Galicia.

Recién cumplidos sus quince años, esto es, en el 1912, su familia se traslada a Compostela y él a Villagarcía de Arosa. Es bien cierto que Villagarcía es una prolongación de sus tierras cesureñas en donde la ría se hace más ancha y sus olas se ríen con más gracia quizá. Pero Pontecesures es el inmediato panorama visual del joven Carlos, el testigo melancólico de su niñez, el cotidiano ir y venir en las mañanas de rocío sobre la verde hierba, o durante los atardeceres dorados cuando el sol se muere sobre los **caneiros** (6) de la ría.

Por eso es novedad para el joven Carlos el tráfico urbano de Villagarcía de Arosa o la grácil estela de la Isla desde la que se recortan las siluetas de Rianxo y la Puebla do Caramiñal. Es novedad la marinera Vilanova, en el corazón del Salnés, nación del gran señor don Manuel María del Valle-Inclán y Monteñegro. Es novedad, en fin, el precoz conocimiento que le viene de Rianxo sobre Castela, de quien seguiría **ronsel** (7) y ejemplo.

Pero muy pronto se le haría familiar, e incluso íntima, su nueva residencia. Se identificaría de este modo con el panorama vital que le rodeaba; y comoquiera que tendría que arrimar el hombro para paliar dificultades familiares, lo haría ya con la simple alegría de sentirse dueño de un mundo en el que iba descubriendo formas, colores y ritmos.

Y de este modo, desvelado ese mundo en torno, abierta su curiosidad virginal ante la luz de cada mañana, tiene que enfrentarse con la realidad de su trabajo primerizo. Entra como empleado en un establecimiento comercial mayorista y, durante dos

(6) Pesquerías.

(7) Estela que dejan las embarcaciones.

años, cumple escrupulosamente con su deber laboral. Son dos años de oscura dedicación a un trabajo que no le gusta, pero que acepta con alegría porque en sus horas de vagar o en los descansos dominicales, encuentra cumplida compensación en lo que sería para Maside su ímpetu pasional: el dibujo.

Maside pinta con apasionado frenesí. Comienzan a desfilar ante él las imágenes de ese mundo que va descubriendo con insólito asombro; aquel verdor de las **bocaribeiras** (8) con tornasolados matices, o la mansa serenidad de la ría de rizada espuma, o aquellos marineros que aprestan **dornas** y velas para hacerse a la mar, mientras multitud de mujeres con sus **patelas** (9) sobre la cabeza ofrecen a voz en grito su plateada mercancía.

Es el mundo de Carlos Maside; su Galicia del trabajo y del dolor. Aquella que desde niño, desde que comienzan sus primeros grafismos balbucientes, habría de acompañarle hasta su madurez, y hasta su muerte incluso.

Y con estas primeras invocaciones a lo que habría de ser su profesión de fe artística y humana, Carlos Maside, aquel mozo cesureño de profunda vida interior, introvertido y auroral a un tiempo, tiene que enfrentarse a una nueva contingencia que le separará, aunque sea temporalmente, de aquel país por el que sentía una auténtica pasión redentora.

El servicio militar que debe cumplir a partir del año 1915, lo ubica en Madrid.

Son años de nostalgia, de amarga saudade, aquellos años madrileños en los que su pasión se alimenta de recuerdos entrañables. Y pinta, pinta con entusiasmo incontenido, porque la pin-

(8) Entrada de las rías.

(9) Cestas de tiras de madera.

tura, única razón de su vida ya, es el cauce por el que debe canalizar su ímpetu redentor, su ira civil por la condición oscura de sus galaicas gentes y la sublimación de tanta cantidad de entusiasmo vital, a través de una pintura hecha fidelidad emotiva.

Madrid ha de ser para Maside el crisol en el que fijará no pocas experiencias. Por entonces, recién iniciada la guerra europea, es el punto de incidencia de gran parte de los pintores europeos; y aunque el ambiente sea de pandereta y madroño, típico y tópico en el cuplé, en el inútil dramatismo del torero, y aún en los restos del señoritismo de pueblón manchego, también es el Madrid de los Azorín, de los Baroja, de los Unamuno, de los Valle. Aquel Madrid que tenía a gala su destino antieuropeísta y que, pese a su indeclinable majismo, se iría europeizando —con nostalgia zarzuelera, eso sí— a través de unos cuantos espíritus progresistas y del movimiento hipercrítico de la generación del 98.

El joven Maside en tanto, terminados sus deberes militares cuando comienza la triste aventura africana, ya tomó conciencia de su destino artístico. Por entonces el cubismo aún era **moda**, y **modo** aún asimismo, el último suspiro del manierismo modernista. Pero Maside permanecería fiel a su vivificante realismo que, por otra parte, le identificaría plenamente con el entorno preciso de su país galaico.

¿Cómo era ese entorno artístico de su país cuando Maside cancela sus deberes militares y se traslada nuevamente a Galicia?

Poco más o menos reflejo del panorama español, aunque este reflejo aparezca sobrecargado de mimetismo en su desenfrenada pasión naturalista. Maside, que no se decide a traspasar todavía su condición de dibujante ilustrativo, ve cómo la

pintura de los maestros de la época —Sotomayor, Corral, Navarro, Bello Piñeiro, etc.— acceden a unas soluciones espectaculares sin problemática auténticamente vital. Esto es, un naturalismo con lastre impresionista que precisamente dominaría en el quehacer pictórico de los viejos maestros gallegos.

Carlos Maside entonces, sin entrar de lleno en lo que sería más tarde objeto de su pasión creadora, y aún redentora, adopta una actitud expectante. En tanto trabaja como dibujante en una agencia publicitaria, y enriquece con su diaria labor la línea experimental de su dibujo; afirmándose cada vez más en la experiencia diaria, y más cada vez, asimismo, en su indeclinable trayectoria hacia otros logros de mayor vuelo y envergadura.

Llega por fin el año 1923, año de profundas transformaciones españolas, y Maside se decide a participar como dibujante humorístico —aquel humor tan heredado de Castelaio como epigonal de Alvaro Cebreiro— en la Exposición Regional de La Coruña, que tanta resonancia tuvo.

Pero aquel Carlos Maside cesureño, introverso y vitalista a la vez; aquel tímido dependiente de comercio en Villagarcía de Arosa; el soldado raso del Madrid zarzuelero de los años quince; aquel dibujante de agencia publicitaria, en fin, se acerca con pasos muy cortos, pero seguros, hacia una bien ganada popularidad. Popularidad que, andando el tiempo, habría de ser el soporte de su consagración artística, y la proyección paradigmática de una vida con entrega total a su arte y al país que le inspiraría intensa y potente pasión creadora.

Sigue pues, ascendente, el termómetro afectivo que le compromete con su pueblo; que le obliga a serias actitudes vitales. La sinceridad —dice González Mourullo— constituía el primer drama de



Maside. Y esta tensión dramática la inicia, precisamente, cuando se da cuenta de que su repertorio humano desborda la hipocresía y la autosatisfacción de muchas gentes. De sonrisa tremendamente triste y amarga —sigue diciendo el profesor Mourullo—, Maside lloraba la insinceridad de todos los hombres. Estaba lejos de los hombres en su ermita conseguida por él mismo, arte a arte, para complacerlos y rezar por todos ellos.

Maside, con su ancho y alto sombrero, el gesto contraído con un rictus vago e intemporal, el andar mesurado y taciturno, nos confesó alguna vez sus íntimas solidaridades humanas en largos paseos compostelanos:

—¿Cómo pintas, Carlos?

—Yo pinto del lado del hombre.

—¿Cómo es eso?

—Todo lo que no sea aclarar el hombre no tiene sentido; el arte sólo es puro si es humano.

—Y teniendo un sentido tan profundamente humano, ¿por qué se dice que estás solo y apartado?

—Eso no es verdad. Mi soledad es solidaridad.

—¿Quieres aclarar este concepto?

—A mí lo que no me gusta es el barullo. Generalmente el solitario es el más solidario de todos los hombres y los temas de su tiempo. En los barullos, amigo Fernando, se cuelan muchos fantasmas.

—¿Qué son para ti los fantasmas?

—No sé. Quizá algún día la ciencia moderna terminará descubriendo que los fantasmas existen hasta en las instituciones más serias. Terminará descubriendo que existen como si fuesen bacterias y virus filtrables de la memoria humana.

—¿Cómo pintarías ese fantasma en el que creemos casi todos los gallegos?

—Tampoco lo sé. Los únicos fantasmas que

he encontrado por ahí son las estatuas de los grandes hombres, de los grandes políticos y de los grandes guerreros, y les hice el único retrato posible: la caricatura...

Y así fue; en su diario dibujo, habla con las estatuas; las de pecho hinchado y gesto tribunicio; aquellas que, cada noche, ensayan su paso de **ballet** para recordar, al abrir la mañana, lo que fueron en vida. Para rememorar precisamente, desde la vana solidez estatuaria, lo endeble de la vida de la carne cuando se hace pompa, vanidad e hipocresía.

Habla con las estatuas, repetimos, un lenguaje exotérico y usual, salpicado siempre de interrogantes. La interrogante —vuelve a decir Mourullo— es el segundo drama de Maside. Esa hoz con un puntito abajo, que siega una y otra vez las ideas, para que al fin broten con renovada vitalidad.

La sinceridad y la interrogación pues —modos de severa autocritica tan mal soportados por el hombre— serán los conceptos entre los que ha de moverse Carlos Maside a lo largo de su vida. De tal modo en la disciplina humana y en la autocritica intelectual, que al establecerse en Madrid, durante los años 1926 y 1927, continuaría con el mismo ritmo crítico, pleno de autenticidad, sus colaboraciones en la revista "Nueva España", de la villa y corte.

Allí, en Madrid, ya lo sabemos, vive alejado de los grupos de moda, por entonces tumultuosos y contestatarios. El cotarro de las artes y las letras está llegando al climax dialéctico —mosaico de opiniones muy español por lo anárquico— en torno a la obra de Ortega y Gasset "La deshumanización del arte"; y las cábalas sobre la próxima realización del film de Buñuel y Dalí, "El perro andaluz", se unen a la expectación que se está despertando en torno a la pintora gallega Maruja Mallo, que por

esas fechas expone en la sala de la "Revista de Occidente" su primera muestra individual.

Maside, seriamente comprometido con su arte, sigue colaborando con asiduidad en "Nueva España". Sigue forjando su espíritu con buen temple y mejor auspicio en aquel Madrid de la tertulia de Pombo, donde la chispa de Ramón, elíptico como una greguería, imparte conceptos generales —al igual que lo haría Apollinaire en París— que serían el canon estético del pensamiento moderno. Gutiérrez Solana, esperpéntico en su patetismo, se disocia, en cierta medida, del colosalismo de Vázquez Díaz; mientras, el Dalí surrealista, o la emotiva María Blanchar, remueven la conciencia moderna cuando Picasso, sin liberarse enteramente del cubismo, retoma su "estilo antiguo" inspirado en la escultura griega.

Ya está Carlos Maside entronizado en el mundo ideológico de sus primeros contactos artísticos. La nueva beca que obtiene en el año 1928 ha de llevarle a París, cuando está a punto de ser inaugurada en la capital de España la segunda gran exposición de Arte Gallego.

Mas el París del año veintiocho sigue todavía electrizado con el reflejo del alucinante "realismo mágico" que Franz Rhöt formularía, al tiempo que André Bretón publicaba su primer manifiesto del surrealismo, de honda repercusión en Europa. Maside, aislado sin embargo de modas, aunque siempre atento a las corrientes más vigentes de la pintura, sigue aclarando el concepto humanístico del arte a base de una sublimadora aclaración del hombre; aclaración humana, hasta tal punto, que su estancia francesa, plena de consecuciones y datos experimentales, supone un hallazgo pletórico de comunicabilidad y significación en esa línea de pintura que habían inaugurado Van Dongen, Vlaminck o Friesz. Esa feliz conju-

gación de ternura, expresividad y realismo expresionista.

Un año de mucho deambular por museos y salas de exposiciones; un año de afanosa búsqueda y contrastación de sus posibilidades, constituye el bagaje sensorial que Carlos Maside aportaría a su pintura posterior. Por el momento sigue cultivando sus aptitudes de artista gráfico; y en el año 1929, cuando regresa a España, participa en la Exposición Internacional de Barcelona. Esta circunstancia, memorable para su arte, cerraría una etapa inicial en la que Maside, insistimos, con cierto pudor quizá, se limitó a estudiar y a trabajar como dibujante ilustrativo y humorista, en diversos periódicos y publicaciones del país.

Pero a los treinta y tres años de su vida, fecunda ya, y predestinada, edad históricamente significativa para los que llevan la impronta de la genialidad, toma contacto entrañable con Santiago de Compostela.

Santiago de Compostela, con muy breves y fugaces ausencias, ha de ser como el entorno sentimental que lo vincularía a las tierras y a los hombres de su país galaico. A los trabajos y los días de unas gentes por las que siente inclinación redentora, y a la solidaridad humana con sus semejantes, puesto que, a través de su arte y aún de su conciencia, ningún hombre le resultaba extraño. Se decide, al fin, a dar el gran salto hacia la pintura, y el año 1930 expone en la pequeña sala de la sociedad "Amigos del arte" su primera muestra pictórica. A partir de esta fecha inicia su colaboración en el diario madrileño "El Sol".

Ya está Maside iniciando una granada madurez artística a través de sus temas familiares: el hombre de Galicia, la tierra de Galicia; y tanto

en las formas expresivas, como en su contenido, la denuncia redentora.

Pero no está solo en estos inicios aurorales. Toda una generación de jóvenes, la generación de mayor jerarquía sin duda alguna después del **rexurdimento** del siglo XVIII, está esforzándose por encontrar nuevos cauces para el arte gallego; un arte que, sin perder sustancialidad galaica, y mejor aún, a través de esta sustancialidad, sirva de potenciación a los grandes temas universales. Con él están el escultor Xoxé Eiroa, ambos a dos dedos del corazón en la amistad; Arturo Souto, Colmeiro, Francisco Miguel, Anxel Xoan, Suárez Couto, Manuel Torres el luminoso acuarelista. Con él hacen grupo indisoluble la joven generación universitaria: Luis Seoane, Alvaro Cunqueiro, Carlos Martínez Barbeito, Ramón Piñeiro, Anxel Fole, Rafael Dieste, el librero Arturo Cuadrado, gallego de vocación, a quien el poeta Iglesia Alvariño llamó **cuadrado longo** (10). Con él, en fin, la mayor parte de la juventud gallega que sentía las grandes inquietudes renovadoras, y que, por distintos caminos, pero siempre con idea común, fueron dejando jirones de su entusiasmo regenerador.

La proclamación de la segunda república española traería para aquella juventud en ebullición generosa nuevos esquemas ideológicos. Maside es nombrado en 1932 catedrático de dibujo en la Escuela Elemental del Trabajo de Santiago de Compostela, y posteriormente, hasta el año 1937, profesor de los Institutos de Enseñanza Media de Noya y Vigo, hasta que fue depuesto por motivos de indole política de sus cargos profesionales.

¿Cómo fueron estos cinco años de intensa creación artística?

(10) Cuadrado largo.

Por de pronto hay que señalar el triunfo que obtiene Maside en su primera gran exposición de pinturas celebrada en el casino de Vigo el año indicado de 1932; año que señalamos particularmente, por ser el de la total entrega de Carlos Maside a los grandes temas de la pintura; a la posición hipercriticista y analítica de sus posibilidades. En esta gran exposición presenta cuarenta y dos obras entre óleos y estampas, y, tres años más tarde, en una nueva exposición celebrada también en Vigo, en el Salón de Arte Gallego, aparece en unión de los pintores Colmeiro y Arturo Souto.

La producción pictórica de Carlos Maside es intensa, pero no llega hasta nosotros la totalidad de su obra. El sentido crítico, su honestidad artística, la propia estimativa personal, le impulsan a destruir aquellos cuadros que considera sin plenitud comunicativa. Es el juez más severo de sí mismo, y cuando exige autenticidad en los demás, es porque ya ejerció sobre su propia persona una estrecha disciplina deontológica que habría de ocupar para siempre todas las parcelas de su vida.

La gran realidad que ya tiene la pintura de Carlos Maside, su honda expansiva a nivel universal, se produce a lo largo de los años 1933-34, en los que, por vez primera, cruza el Atlántico su obra realizada con predestinación y amor. El Carnegie Institute de Pittsburgh le invita especialmente para intervenir en las exposiciones de San Francisco, San Diego y los Angeles, y su participación, a gran altura, suscita en Norteamérica una serie de comentarios elogiosos, los cuales determinaron una nueva invitación, que no cuaja en realidad debido a las especiales circunstancias impuestas por la guerra civil iniciada entonces en España. No obstante, en 1936, el mes de marzo concretamente, obtiene Maside un premio de grabado en la exposición Nacional de Bellas

Artes de Madrid, justo galardón a quien subestimaba, sin embargo, los galardones.

Pero queda un poco atrás, a modo de cierre para esta larga circunstancia de su vida, la vinculación con el grupo juvenil que fundó en 1934 la barraca y periódico "Resol". Al igual que Maside —andar lento y mesurado, eterno rictus en sus labios, ancho sombrero sobre noble testa, bastón y larga boquilla rematada siempre en cigarrillo— cuando iba a tomar apuntes de los feriantes, de los quincalleros variopintos, de las recias panaderas, de las "pulpeiras" abracadabrantas, la barraca "Resol" sería instalada en el mismo campo de Santa Susana, en el que, cada jueves feriado, se daban cita esas gentes heterogéneas del ir y venir caminante por los **vieiros** (11) gallegos. Y la barraca "Resol" iba en busca de ellas, y les organizaba exposiciones populares en las que siempre, con feliz impronta, se reconocían gozosamente a través de los cuadros de Maside, de Colmeiro, de Landín, etc., en la escultura de Eiroa..., y en aquellas hojas multicolores que ya sabían primicias de los "Seis poemas galegos" de García Lorca, repartidas entre el pueblo por su director y colaboradores.

Ya estamos pues, saltando nuevamente al año 1936, en la misma línea divisoria del arte de Carlos Maside. Adivinamos ya lo que será su destino una vez que, separado de su función docente, debe seguir. Destino silencioso, sin quejas, erguido siempre con esencial nobleza. Como diría Gracián, una cabeza levantada, unos ojos que miran, una boca verdadera, un noble corazón, es decir, el gran duque de Alba o el príncipe de Condé, que con tanto dolor citaría Cunqueiro en el día de su muerte.

(11) Caminos.

Pero Maside aún habría de tener gloriosas efemérides con sus exposiciones de Vigo, en el año 1945, y la de Santiago de Compostela de 1953. Ambas exposiciones fueron fruto de largos años de recogimiento en sí mismo, de profunda meditación y análisis. El mismo lo repetiría con insistencia: "poco fundamento tiene pintar en Galicia imitando lo que se pinta en París, pues lo que allí es reflejo de una realidad cultural y ambiental, aquí no pasaría de ser estéril mimetismo. La única forma de hacer lo que hacen ellos es reflejando —tal como ellos reflejan la suya— la realidad cultural y ambiental que nos es propia."

Definitivamente, la fundación de la editorial "Galaxia" trae para Maside un nuevo motivo de satisfacción y compromiso al ser designado director artístico de la entidad. Pero llega cuando la salud física del pintor empezaba a resquebrajarse por todas partes, como si fuese un viejo navío anclado para morir en una de sus playas cesureñas.

La enfermedad, implacable, empieza a inscribir huellas en la nobleza de su rostro. Son más los días de sufrimiento que los auténticamente liberatorios. En su domicilio de la Rúa do Vilar, 42 de Santiago de Compostela, rodeado de cuadros y de afectos, van pasando sus horas eternas en comunicación con los amigos que vienen a visitarle de todos los puntos de Galicia. Allí —habitación, taller y santuario— transcurren los días con fugaces salidas por aquellas rúas que tanto ama; y los jueves, eso sí, circundando el paseo de La Herradura y el campo de Santa Susana, vuelve a tomar apuntes de las gentes entrañables que le proporcionaron siempre amplio tema para su arte.

Con esta concentración de energía vital, venciendo su propia batalla contra la muerte, Maside aún tiene un interregno estelar y prepara la magna

exposición de Santiago el año 1953. Exito sin precedentes. Esta nueva salida pública fortalece su espíritu, parece como si le diese bríos singulares para recomenzar su nueva batalla por la vida.

Todavía en 1957, el 22 de agosto concretamente, con motivo de un proyectado homenaje en su pueblo natal de Pontecesures, escribe al cronista de la villa: "... le suplico pues, que silencie la idea, y haga saber a cualquier otro de mis paisanos que estuviese dispuesto a acogerla, mi absoluta e irrevocable decisión de no aceptar tal honor, no sólo porque lo considere totalmente injustificado, sino que mi actitud sería la misma aunque me considerase con méritos para merecerlo..."

Se trataba de un acuerdo por el que se pretendía tributarle un homenaje por parte de sus paisanos, figurando, entre otros actos, la apertura de una calle con su nombre.

Pero Maside, como en otras ocasiones, reacciona con poderosa humildad declinando toda suerte de honores. Le suenan a hueco, como le sonaban a hueco las actitudes operísticas de aquellas estatuas con las que hablaba en las noches de luna; aquellas estatuas en actitud hinchada, que tan jugosos y festivos comentarios provocaron en la prensa diaria.

Sin embargo, el fin está cerca. Poco después de ser sometido a una delicada intervención quirúrgica, escribe una hermosa carta al pintor Isaac Díaz Pardo, que lleva fecha de 25 de enero de 1958. Es compendio humano de su alma generosa y una lección de entrañable probidad espiritual. Dice así, una vez traducida del idioma gallego:

"Me dio una gran alegría recibir tu carta. Me acuerdo mucho de ti, pues eres uno de los poquísimos amigos verdaderos de los que fui

dando nombre en cada uno de los dedos de la mano derecha... y creo que aún me queda alguno sin bautizar. Todos, cerca del corazón, lejos en el espacio. El más próximo eres tú; también te fuiste."

"No sólo los que estáis ausentes de la amada tierra la adoráis; también ella os recuerda y entristece por los que se fueron, por los que huyeron, por los que se van. No hay más que mirar ahora el paisaje; el cielo es gris oscuro; llueve con lluvia verdadera; el viento habla y se lamenta. La naturaleza y yo participamos de la misma angustia. Siento prolongar las fibras sensitivas a través de la tierra húmeda, de los árboles, de los líquenes que vierten las piedras, de las nubes rezumantes. Saudade, soledad; también yo estoy preso de ellas por los hermanos ausentes que dejaron en la tierra y en el alma su sepultura..."

"Sí, estoy repuesto de la intervención quirúrgica. Fue cosa sencilla y rápida, como yo no pensaba. No quiere decir que esté totalmente bien. Esto no es posible dado mis males. Pero ya puedo escribir; y pintar. Estos días hice unos bodegones para desentumecer las manos. Ahora seguiré con otras cosas, mientras pueda."

"Voy a ver si escojo algunos dibujos y acuarelas para mandaros, como queréis. Creo que puedo hacerlo ahora, pero aún no me puse al quehacer."

"A cuantos te preguntaron por mí, diles que les agradezco de corazón sus recuerdos. Un largo, fuerte abrazo de tu amigo, siempre..."

Como se verá por esta carta, por el tono en que está escrita, nos encontramos ante un hombre de alma generosa. En definitiva, este sentido de la **saudade**, o el más concreto y preciso de la soledad, es el eterno espiritual del hombre gallego. El eterno espiritual del hombre Maside, que además es pintor, y que además de ser pintor,

es, asimismo, hombre sencillo del pueblo, que está con el pueblo, y que con el pueblo sufre o se alegra participando en sus días y en sus trabajos. Por eso los traduce en su pintura que, a la vez, es testimonio civil de ese pueblo con ansias de redención, y vehículo renovador de un arte en estado de ataraxia.

La sincera admiración que despierta en la juventud universitaria el ejemplo de Carlos Maside —hubo testimonios abundantes de todos los estamentos y clases sociales a lo largo de su enfermedad— se manifiestan en el homenaje, sencillo como él pidió (visita a su casa para tomar una taza de café) que le rinde un grupo de estudiantes el 15 de abril de 1958. A su casa de la Rúa do Vilar, 42 llegan estos jóvenes, y en silencioso homenaje se sientan en torno a él. Sólo cuando la cordialidad de nuestro querido artista vence momentáneamente al espectro de la muerte, esta juventud —hoy en plena madurez al frente de sus cátedras, con sus libros de poemas, sus novelas, o sus tratados filosóficos— pone de manifiesto al maestro que se les va, al maestro del humanismo vital tanto como al de la pintura, su generosa devoción y su joven y devota capacidad admirativa.

Mientras, al otro lado del mar Atlántico, singladura de dolor para muchos paisanos, quinta provincia de Galicia, Buenos Aires, se le prepara exposición y gran homenaje. La iniciativa queda cortada por la muerte del maestro cesureño compostelano acaecida, como se sabe, el 10 de julio de 1958. Pero su vida, o parte de su vida, queda allí; entre sus gentes gallegas que con tanto amor retrató en sus cuadros; entre sus amigos de la amarga emigración; entre los que se fueron, los que huyeron y los que aún se van.

Su presencia está corporeizada en el Museo

Nacional Argentino con su cuadro epónimo "A xaula" (12), y en la pinacoteca del Centro Gallego de Buenos Aires con el magnífico óleo "A sesta" (13). Ambos cuadros, sin duda alguna, los más significativos del largo repertorio artístico de Carlos Maside. También, con toda evidencia, los más entrañablemente sentidos en el ámbito de nuestra cultura.

Maside murió, y el día de su muerte fue día de luto para Compostela; lo fue para la infinitud espiritual de Galicia y, con poderosas razones, para el arte moderno español. Santiago fue como un gran nudo en la garganta, como un inmenso sollozo, como una convulsión dolorosa. Grandes filas de amigos, de admiradores, de aquellas gentes innominadas a las que había dado vida perenne Carlos Maside, le acompañaron en punzante silencio hasta el cementerio de Boisaca.

—¡Se nos fue! —se oía decir en torno.

Y el eco cundía entre aquellas filas de hombres conmovidos por el dolor. También, es seguro, se conmovrían aquellos campesinos y marineros que, saltando por un momento de sus cuadros se ocultarían, como fugaz homenaje, tras las pequeñas nubes para volver pronto a su perdurable ingravidez. También ellos serían testigos, con su algo de emoción metafísica, del irreparable duelo compostelano aquel día de exequias de 1958.

García Bodaño, poeta, y participante con la juventud universitaria en el homenaje del 15 de abril, hizo versos, para nosotros, definitivos:

E o silencio será oración
que te nomea nos camiños
E tí pasarás po-lo noso pranto
Cunha ollada longa

(12) La jaula.

(13) La siesta.

que enchera a tarde.

E nos andaremos a te agardar
cos brazos moi outos como ramos.

E tí irás cara os teus eidos
a te perder lonxe nun relanzo
onde cecais un tamén, quen sabe,
terás de dibuxar

a man de Deus (14).

Carlos Maside no sólo había dejado el magisterio de su pintura, sino su jerarquía de hombre. Ambas cosas las dejó generosamente sembradas a lo largo y a lo ancho de su mundo gallego; como una semilla que ahora, precisamente, está dando sus frutos.

Pero al propio tiempo es un gran pintor español, porque, a través de una síntesis regional, universalizó su pintura en módulos categorizados.

Es justo señalar su calidad como ensayista, puesto de manifiesto en el magnífico trabajo publicado por la revista "Grial", de la Editorial Galaxia, en 1946.

Este trabajo, que tuvo un eco trascendental en toda España, versaba sobre fotografía popular, y representa una original aportación a ese tipo de arte tan enraizado en las costumbres del pueblo.

Por último, su testamento, que es una exacta precisión mortuoria de lo que fue su vida —reflexión, equilibrio, medida—, deja una serie de disposiciones, destino de sus cuadros, etc. Nombra

(14) Y el silencio será oración: / que te nombra en los caminos. / Y tú pasarás por nuestro llanto / con una mirada larga / que llenará la tarde. / Y nosotros te aguardaremos / con los brazos muy altos como ramos. / Y tú irás hacia tu heredad / a perderte lejos en un recodo / donde quizás uno también, quién sabe, / tendrás que dibujar / la mano de Dios.

albaceas testamentarios a sus amigos Antonio Baltar, Raimundo García Domínguez, Rafael Dieste, Laureano Santiso Girón, Luis Seoane, Ricardo García Suárez, Antonio Beiras y José-Carlos Maside Medina, los cuales quedan al cuidado de su obra con la facultad de hacer cumplir las disposiciones testamentarias.

De Carlos Maside nos queda el imborrable recuerdo de quien pasó por la vida, y por nuestras vidas, como un alto señor de la verdad y de la nobleza.

Por eso mismo, como homenaje al que fue gran hombre y gran pintor, un grupo de amigos entrañables —al frente Isaac Díaz Pardo y Luis Seoane— crean en El Castro-Sada un museo de pintura gallega contemporánea, que lleva nombre tan querido, tan entrañable y recordado para todos:

MUSEO CARLOS MASIDE

SU OBRA

Carlos Maside es, además de pintor, toda una época en la historia de la pintura gallega; un artista universal en el entorno de la pintura española contemporánea.

Que Carlos Maside representa una época del arte pictórico gallego, no deja lugar a dudas, puesto que una visión, aunque sea panorámica, del problema que nos ocupa, acusa, como veremos, la característica predominante de una pintura estratificada —habían de acusar idénticas características las artes plásticas en general, a excepción de determinadas parcelas de la escultura— dentro de una sociedad en pleno subdesarrollo, sobre la que Carlos Maside intentaría reconstruir una tradición, representar una realidad y levantar un futuro.

¿Cómo era esta sociedad dentro de la que, de hecho, comienza un nuevo capítulo de la pintura gallega?

En primer lugar, hay que partir de una base que puede permitirnos una aclaración sustancial tan patente como esquinada: Galicia es un país sin tradición pictórica.

Al sentar afirmación tan radical no queremos excluir, ni mucho menos, la posibilidad de que en tiempos pretéritos, y aún dentro de la cronología que suele estimarse como clásica, existiese en Galicia un tipo de pintura homogénea. Si tal homogeneidad, e incluso jerarquía, existió, no ha llegado hasta nosotros. Por tanto, toda especulación en torno al contexto tradicional, a la especificidad de una pintura en ebullición y aún en su desenvolvimiento conceptual, hay que relegarlo a la categoría de mera hipótesis, y por ello, dejando el problema en manos de investigadores y eruditos, partir de ciertas evidencias, que, por el momento, suministran datos históricamente incuestionables.

Pero es que además, el contexto cultural después del gran siglo de Gelmírez y la crisis que trae consigo la rotura del monismo medieval, ponen de manifiesto —en su restauración histórico-iconográfica— que la pintura, concretamente, o se había perdido en gran parte, o no habría sido abordada con resultados felices. Vemos, por ejemplo, cómo el estilo ojival vigente en gran parte de España no se desarrolla en Galicia hasta el siglo XIV, y la pintura, volvamos sobre el particular, tiene una presencia muy menguada si exceptuamos el “diurno” de Fernando I, obra de los cluniacenses Pedro y Fructuoso, que corresponde al siglo XI, y algunos retratos de pobre factura existentes en la iglesia compostelana, que datan del siglo XII. Otras pinturas como las de San Martín de Mondoñedo, Ribas de Sil, Carboeiro, Portomarín, etc., no descubren, ciertamente, un modo de hacer que pueda parangonarse con la Baja

Edad Media catalana, o con los primores del medievalismo provenzal.

Hay, sí, un anhelo de perspectiva histórica entre los siglos XIV y XV. Antonio Ferreiro o Gonzalo el Presbítero, Cristóbal Francés o Fernando Rodríguez de Puentedeume en ambas centurias, realizan estimables intentos que se repetirían en el XVI por el orensano Francisco Fandiño, los hermanos Perlada y Pedro Noble. Y, definitivamente, en el siglo XVIII —el Barroco representó un estremecimiento cósmico dentro de la escultura— brillan con tenue luminaria Uzal, Ares Varela y Martínez de Bouzas, este último con cierto mimetismo de su maestro Lucas Jordano.

En concreto pues, la nómina precedente se queda en esto: en bienintencionados intentos, en aperturas aurales, o en distensiones miméticas. De los grandes temas estilísticos de Europa queda marginada Galicia.

¿Por qué tal marginación una vez admitida, naturalmente, la ausencia de incentivos tradicionales?

Couselo Bouzas, en su libro "La pintura gallega" (1), señala, entre otras, tres posibles causalidades: el alejamiento de los centros fundamentales de Occidente; humedad del clima con la subsecuente corrupción de la pintura al temple (aún no se había descubierto la pintura al óleo, de mayor consistencia), y absentismo de la nobleza gallega.

De las tres proposiciones señaladas, la que tiene a nuestro juicio mayores posibilidades de homologación es, sin duda, la tercera.

El tremendo problema social que se plantea en Galicia con motivo de la injusta distribución

(1) Editorial "Porto y Cía.", Santiago de Compostela, 1950.

de la tierra, las emigraciones masivas a Portugal y a Andalucía, la propiedad territorial que, hasta la reforma de Mendizábal se encontraba en proporción de un ochenta por ciento en manos de la nobleza y clero, la secuela impositiva, en fin, de la política de los Reyes Católicos obligando a los nobles gallegos a participar en la guerra de Granada, fueron circunstancias más que suficientes para relegar una pintura de verdadera jerarquía. Con el absentismo de la nobleza, disminuyó la demanda de obras de arte, y los únicos mecenas, iglesia y burguesía, desasistiendo patronatos y donaciones, emplearon sus escasos dineros en menesteres de mayor rentabilidad y eficacia.

Alberto Míguez lo señala (2): "Una nobleza absentista reduce las demandas de obras de arte. En el momento en que los nobles y los letrados se fueron a la corte en seguimiento de los Reyes Católicos, la cultura erudita desaparece. Sobrevive únicamente la cultura popular de los canteros, de los rapsodas aldeanos, de los imagineros, de los constructores o de los zanfonistas. Mientras en toda Europa el sistema feudal hacía crisis y de esta crisis nacía una clase potente dispuesta a alcanzar el poder (la burguesía), en Galicia el poder central feudalista era cada vez más fuerte; nobleza y clero se repartían la propiedad de la tierra y el poder... Emigración y pobreza las consecuencias naturales de esta situación. Mientras tanto, la cultura popular, sin el papel mediador de una burguesía desarrollada, que decantase y sirviera de criba, se fue vulgarizando y perdió el germen de sus más brillantes tradiciones. Durante el siglo XVIII la Galicia "remota" recibía con bastante retraso la lección de los ilustrados, cuya

(2) "Galicia: Exodo y Desarrollo". Edit. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1967.

labor es truncada por la guerra de la Independencia, que aquí, como en toda la península, no pudo ocultar su cariz reaccionario...”

Vemos como las posibilidades de proliferación artística son casi nulas; y si a esto añadimos el escaso nivel de convivencia dentro de una sociedad subdesarrollada, llegaremos a la conclusión de que un país con tales condicionamientos sociales no puede producir un arte de cierta jerarquía.

Tenemos entonces que, la eclosión artístico-cultural del último tercio del siglo XIX, fue un auténtico renacer, un resurgimiento emparentado con las glorias más epónimas del siglo de Gelmírez. El siglo XIX, que es el siglo de Rosalía, el de Curros Enríquez, el de Pondal. Es la ebullición romántica puesta al servicio del pueblo y para el pueblo: la protesta de Aurelio Aguirre, el dolor liberatorio de Pondal, y, en definitiva, la conciencia de un pueblo que despierta con el canto de sus poetas.

Y con este resurgir de las letras se inicia un movimiento pictórico un tanto “robinsoniano” que tendría por protagonista a Pérez Villamil, integrado en una línea saludablemente europeísta, y por “antagonistas”, andando el tiempo, a Sotomayor, Corral, Bello Piñeiro, etc. —pasemos por el indigenismo preciosista de Avendaño y Ovidio Murguía—, grandes pintores, eso sí, pero recluidos en la cárcel ebúrnea de su esteticismo a ultranza. Con todo y con ello, el camino iniciado por Pérez Villamil representa un salto gigantesco con respecto de otras épocas precedentes. Un salto que salva la considerable distancia entre una pintura sin coherencia histórica y la subsiguiente, con plenitud y encarnación. Esto es, antes de que se haya estratificado en unos módulos impresionistas, o más concretamente, en un naturalismo neoromántico sin cauce ni comunicabilidad.

La pintura gallega, iniciándose el siglo hasta bien entrados los años veinte —y aún hoy en grupos bastante nutridos de integristas estéticos—, es una abrumadora repetición de los temas consagrados por el folklorismo pintoresquista. Una regresión inmovilista alejada de toda sustancialidad, y encastillada en un esteticismo de formas amables, aunque vacía de esencialidad y contenido.

Así las cosas, vemos como la sociedad gallega sigue aferrada a un colonialismo cultural cuyas directrices imparte el espíritu centralista de la moda política de entonces. El burgués provinciano acepta el arte de importación, gusta del cuplé de moda, utiliza los signos gestuales de la sociedad madrileña —a quien imita hasta en el acento expresivo del idioma— y, voluntariamente, inserta en la máquina **snobista** del colonialismo metropolitano, parece no darse cuenta que la obra popular, anónima y colectiva, es lo que mantiene en pie el acervo de nuestra cultura. El arte gallego es, pues, arte de anteguerra; un arte proscrito ya en Europa, y que en Galicia es signo de distinción y de dominio de una **élite**. No se dieron cuenta, no quisieron darse cuenta, ya lo dijimos —seráfico olvido del “todo está en orden” y del “no ha pasado nada” propio de las culturas burguesas—, que en el mundo habían pasado muchas cosas. Que la post-guerra del catorce, a cuyo antecedente seguía aferrada la sociedad gallega, trajo cambios tan profundos como la liberación de la mujer, la aparición del proletariado como fuerza social, la total remoción del arte pictórico en un sentido liberador de las formas y en una dirección anti-esteticista. Todo esto, en fin, resbaló, en términos generales, naturalmente, por la extraña superficie mental del burgués gallego.

Y aquí —partiendo de tal situación conflictiva entre un arte periclitado pero en pleno cultivo, y

el regreso de su periplo por Europa de pintores como Souto, Colmeiro y Maside— se inicia, no sin grandes dificultades y tropiezos, la renovación de una pintura que se moría por consunción y ataraxia.

Ya comienza, alrededor del año 1930, la gran aventura renovadora. Carlos Maside que por entonces regresaba de París, comprendió que la nave del impresionismo naturalista, en la que estaban embarcados la mayoría de los pintores gallegos, hacía agua. Era preciso calafatearla y apuntalar cuadernas y velamen. Y en esto consistió —en esto y en su impulso redentor e iconoclasta— la gran labor profética de Carlos Maside cuando hace acto de presencia en el escenario gallego de la pintura. Cuando irrumpe.

¿Cómo fue esta irrupción y cuáles sus primeros resultados?

Por de pronto hay que considerar su personalidad intelectual antes de predisponer actitudes estéticas.

Carlos Maside, autodidacta en los grandes vuelos de la cultura, tenía un sentido exacto de la medida intelectual. Comenzó por curiosear, con vista y oído atento, los fenómenos cambiantes que se operaban en torno a él; y de este modo, con intensa vinculación a los grupos que pugnan por establecer una nueva formulación del pensamiento cultural —había sido Castelao inicialmente, con Risco y Otero Pedrayo; era la joven generación de los Seoane, de los Dieste, de los García-Sabell, de los Martínez-Barbeito, etc.—, fue contrastando sus ideas en torno a una nueva estructuración de la pintura gallega en la que no estaban ajenos los escritos de Fernández Maza, Francisco Miguel, y otros epígonos que sentían, como él, la necesidad de una pintura gallega en unos términos de coherencia sustancial.

Porque sí, lo que en definitiva ocurría a la pintura gallega era que, de puro conservadurismo y de requintado esencialismo esteticista, se había hecho incoherente; en tanto cuanto es incoherencia sustantiva la disociación entre la realidad cabal de un pueblo —mundo de identidades para el pintor y la marfileña consideración estática, ajena a esa **realidad** inquisitiva, **conqueridora** (3) en noble lenguaje galaico— en que paraba todo acceso de la pintura al uso. Rafael Dieste, que con tanta jerarquía vio la pintura de Maside, lo tiene dicho con autorizada opinión: “Ver, si se es pintor, es buscar el mundo en la entidad de cada cosa. Y tan ejemplar fue Carlos en ese amor inquisitivo, que yo estoy viendo, puesta en su noble mano una densa manzana que empieza a ser de oro... y, en seguida, es ya el Mundo. El mismo que en las suyas sostiene, arrodillado, el otro carro de las viejas estampas.”

Y con todo ello hay en Maside auténtica voluntad de estilo, porque la identidad de las cosas, de, por y para su pueblo, ya era feliz conquista y amorosa creación. Enrique Azcoaga, que completa con análisis certero el perfil trascendental de la obra creadora de Carlos Maside, lo escribió como homologación de las opiniones de Dieste: “**La voluntad de estilo** de Carlos Maside no se confundía con el **estilismo** más o menos deplorable de los que no sienten ni padecen. Hay un compañero de Maside en las letras gallegas y españolas: Rafael Dieste. Carlos y Rafael son hermanos en el control creativo, en el planteamiento suficientemente pensado, y en todo aquello que acredita la obra de estos artistas como una alta exigencia en el plano creador.”

“Nada tan noble como la sencillez expresiva

(3) Conquistadora.

de vuelta, en la obra mejor de Maside. Pintar —o escribir— no es explotar un tema, sino acreditarlo. Quisimos mucho a Maside como enemigo de lo fácil, por la dimensión de su encariñamiento, por la categoría a que llegó viviendo y pintando.”

Estos juicios de Dieste y Azcoaga, hombres que vivieron con Maside años sustanciosos de creación, y que compartieron idénticas ideas y afanes, tienen la justa valoración de las cosas hechas con seriedad y método.

Comencemos por estimar en Maside, desde luego, al roturador de una heredad, no en barbecho, pero sí con mala siembra.

El sentido inquisitivo del que, en primer término, nos habla Dieste, representa la conjunción entre lo que piensa Carlos Maside y lo que piensa ejecutar. Ante sí, su mundo, las cosas del entorno en su originaria manifestación, los colores siguiendo la retina y proyectando sobre las cosas espectros cambiantes y reflejos inéditos. Lo primero que se plantearía Maside —como se plantearía cualquier maestro de la escuela veneciana ante pareja realidad— frente al mundo de las cosas cambiantes, frente a la luz de inéditos espectros, sería que, ante ese mundo del entorno, gravitaba una realidad **categorizada** cuyos términos aparecían subvertidos por la generación neo-impressionista “oficializada” por el gusto burgués.

Pero si además, ahondando en su agudo sentido inquisitivo, ve como aquel mundo de cosas categorizadas responde a ese otro mundo vitalmente superior, el de la manzana “que empieza a ser de oro” y, en seguida, ya es el mundo —Cunqueiro dijo que una pintura es buena en cuanto huele a manzana, porque así participa del pecado original— o es el hombre, originario en el pecado de rebelión, que empezará a aprehen-

der la radical y definitiva consecución de todo arte: la encarnación.

Con la conquista del hombre, aclarándolo, humanizándolo a fuerza de trascendentalización, encarnándolo dentro de su propio proyecto estético, tendremos que, tal inquisición de que hablábamos en principio, se constituye, no en motivo de temas a explotar, sino en proyectos y exigencias a categorizar.

Y más aún todavía. Si al acreditar con jerarquía categórica estos proyectos y sugerencias, si al ponerlos en el plano de las cosas "reconocibles" resulta que este hallazgo corresponde a hombres encarnados en su mundo cotidiano —un marinero de la mar de Arosa, o una panadera de la Amahía, o una quincallera de Santa Susana, o un marinero de Rianxo—, su elaboración inquisitiva entre lo que piensa y lo que se propone ejecutar, como apuntamos más arriba, es la aprehensión de ese mundo gallego que Maside universaliza, que ya ejecuta maduro el pensamiento, en un conjunto eurítmico de colores y formas.

Pero la segunda parte, una vez conquistado el hombre, es la voluntad de estilo.

La voluntad de estilo en Carlos Maside, consiste en un alejamiento radical del fácil **estilismo** folklórico al uso. Huye, como es natural, de todo aquello que ya fue sancionado por el tiempo, y por el mismo tiempo invalidado. Los problemas de Carlos Maside son de vigencia, de radical autenticidad. Su estilo pues, aquel que añade quilates significativos a una pintura, radica en la **genuinidad**, en la presencia, en la certificación; en todo un proceso de auténtica vitalización humana. El poeta Celso Emilio Ferreiro parece como si hubiese escrito para él estas dos estrofas:

Certifica a paisaxe,
pide a paz e a fartura,

convoca aos homes. Dilles:
O rostro do país e moi fermoso
a máscara da terra e gasalleira,
pero por debaixo déla
corre un longuísimoo río de bágoas... (4)

Estos versos de Celso Emilio Ferreiro publicados en su libro "Longa noite de pedra" (5), y titulados, precisamente, "A los pintores gallegos", son el resumen de toda una voluntad estilística que, en Carlos Maside, ya tenía fiel concreción a partir del año 1930.

Por tal motivo, no sería aventurado dividir el proceso creador de Carlos Maside en dos etapas perfectamente definidas: la que va desde sus comienzos cesureños como dibujante de humor hasta su permanencia en París, y la siguiente, que se quiebra con su fallecimiento, tan rica en conquistas expresionistas y valores estilísticos.

En la primera, esto es, aquellos dibujos que publicaba en los periódicos gallegos, y más tarde en la revista "Nueva España" y "El Sol", de Madrid, representa el desenvolvimiento de un espíritu crítico con unas facultades dibujísticas de primera calidad. Es el momento en que Castelao, con el que ya tenía amistad, competía con la mejor caricatura francesa y alemana —Daumier con su ironía antiburguesa, o Grosz y Dix animando las páginas de "Simplicissimus"—, y Maside, reconsiderando seriamente las posibilidades de abarcar la pintura o el grabado, incorporaba con sus caricaturas y pies de filosófico humor, toda una galería de personajes públicos que, en cierta medida, constitu-

(4) Certifica el paisaje, / pide la paz y la hartura, / convoca a los hombres. Diles: / El rostro del país es muy hermoso, / la máscara de la tierra es alegre, / pero debajo de ella / corre un larguísimoo río de lágrimas ...

(5) Larga noche de piedra.

yen hoy una auténtica historia gráfica de la vida española de aquellos momentos.

Maside, pues, caminando con paso firme hacia la plenitud creadora, comienza a realizar sus primeras pinturas al óleo —algunos retratos primerizos como los de García-Sabell y Alvaro Cunqueiro (el último retrato que pintaría habría de ser, posiblemente, el del filósofo Ramón Piñeiro, sobre el año cincuenta y siete), sus primeros paisajes acuarelados, o sus primeros **gouaches**, con una firmeza realmente sobrecogedora, anuncian al pintor dueño de los más veraces elementos significativos de la creación.

En este momento, cuando comienza su fecunda etapa creadora, da testimonio de su insobornable inconformismo; de su rectilínea exigencia, porque, si bien es cierto que para los demás demandaba ciertos comportamientos vitales, él, con auténtica honestidad, era el primero en exigir de sí mismo la máxima disciplina vital y el más estricto comportamiento humano.

El inconformismo de Maside por entonces, se deducía de la indignación que le producía la pintura estratificada de los maestros "oficiales". Era una pintura bien concebida, naturalísticamente lograda, fértil en la metáfora colorista y folklórica, incluso en su eclecticismo cromático. Pero detenida en los modelos pretéritos a la rotura impresionista. El amor por la Belleza formal afloraba en toda ella con destellos tornasolados y verdescentes. De tal modo que, con marfileña exquisitez y singular esteticismo, afloraba siempre un valor formal con cierta esclavitud al canon —a un convencional sentido normativo— con olvido total, o casi total, del contenido y la esencia.

Ante resultados tan poco alentadores, Maside emprende una labor reestructuradora primero; después, producto de su experiencia francesa, la sus-

titución de moldes periclitados en Europa por otros de mayor vigencia y contenido. Estos nuevos moldes universalizados, naturalmente, con genuinidad caracterológica, ahitos de contenido popular y, andando el tiempo, modelados en el mismo taller humano del pueblo, adquieren carta de naturaleza y sentido vigente.

Comienza —el comienzo ya es prometedor— con la representación hierática, pero muy firme, de figuras campesinas a las que vigoriza con ese **sensu** romanizante que fue característica de la escultura, particularmente en Einoa y Failde Gago. Este tipo de pinturas, acuarelas y **gouaches**, conservadas por amigos comunes —y aún con otras aportaciones recientes—, fueron el modelo, tiempo adelante, de muy bellas y calificadas colecciones cerámicas construidas en la fábrica de “El Castro”.

Maside continúa alternando la pintura con el grabado, y en esta última modalidad obtendría un premio en la exposición nacional de Madrid. Pero lo que es evidente, vista su trayectoria rectilínea, es que Carlos Maside ya tiene trazado el camino a seguir, y por ello, matizando más o menos, el destino de su pintura como resultado de una serie de constantes significativas.

La intencionalidad de Maside se manifiesta con prístina claridad, en una segunda manifestación de su genio estructurador a lo largo de los años que desembocan en la guerra civil española. Este breve período es muy rico, sin embargo, en la universalización de los temas partiendo de realidades circundantes. La pintura de Maside abandona artificios sancionados ya por el tiempo, y cede a los contornos elaborados con claroscuro y modelado, las superficies planas sin ningún artificio colateral. El resultado es francamente halagador. Esta pintura va ganando en espontaneidad —espontaneidad visual, naturalmente, porque

Maside era un elaborador reflexivo— lo que va perdiendo en gravedad. De aquel estilo “romanzante” con peso específico, que fue característica de sus primeros grafismos, accede a una pintura de conformación plana, de colores calientes, de temática popular.

El encuentro de Maside con su mundo ya es un hecho diferencial respecto de su obra anterior. Pero Maside no es un esclavo de la moda, ni un negador de las evidencias.

Necesita un lenguaje nuevo para una pintura nueva, o, cuando menos, para una pintura renovada. La moda de París, que por entonces tenía inclinaciones neoclasicistas al estilo de Ingres por un lado, y por el otro, posiblemente el más endeble, imbricaciones surrealistas o metamórficas, inspiradas en los trabajos de Arp o Yves Tanguy, no influye decisivamente en la labor aclaratoria de Maside. Si acaso son datos, experiencias, motivos de confrontación y análisis. Pero Maside, fiel a una línea que se había trazado después de haber calado profundamente en el ser de su pueblo, desecha todo barroquismo esteticista, como también todo radicalismo sin auténticas raíces humanas. Se hace dueño de un realismo aclaratorio del hombre, aunque este realismo, transido todo él de sentido humano, tenga mayor tensión en el contenido que en la forma.

El realismo expresionista que ha de campear en toda la pintura hasta el fin de sus días, tiene lejano parentesco con la luz veneciana; con el Tintoretto concretamente. Y aunque los planos en los que se desarrolla su dibujo difieren sustancialmente del maestro veneciano en la forma, el mensaje de su contenido es parejo en el fecundo calor de la expresión.

Pero aún hay más. Maside, en su pintura reciente —y nos referimos a la que produce después

de la guerra civil—, establece una ordenación valorativa de alta jerarquía estética. Entre la obra en sí y el tema que le sirvió de objeto creador, entre el sujeto contemplador y el mensaje de que es portador ese tema, hay un distanciamiento que no permite falsas interpolaciones o aditamentos accesorios. Tal como planteó Brecht su teatro, aunque sin el sentido didáctico característico del genio alemán, y que tanto horrorizaba a Carlos Maside, enemigo del didactismo.

Alvaro Cunqueiro, con un sentido más literario que esencialmente escrutador, lo vio, sin embargo, en unos términos concluyentes:

“Esta vivaz y trémula distancia de luz que se posa, como un polvo de oro entre el contemplador y el cuadro, tan típica de la pintura última de Maside, y que es, esencialmente, la distancia propia que existe entre lo vivo y lo pintado, entre lo visto y lo significado, tan voluntario, y no obstante tan objetiva, y por ende, la extrema razón —iba a escribir la “divina proporción”— de una total y querida veracidad... La voluntad de escribir un cuadro, y con cada cuadro algo que yo creo que defino exactamente cuando le llamo “iluminación”, y que es para mí el sentido más profundo que tenga la palabra creación, y que resulta de conformar todo —color, dibujo, sujeto— a un orden de emoción que es logrado, lo que Lain llamaba la resurrección de la naturaleza...”

Si a esta seguridad voluntariosa añadimos la fecunda facultad de comunicación y amor, caliente, fluida como un manantial de agua fresca, llegaremos a la posesión de una pintura transida de dolor humano y de gaya naturaleza, de tensión cordial y apasionamiento natural, porque, aún siendo naturaleza y arte dos términos desemejantes, unidos en un destino propio, pero caminando en distintas direcciones, una pintura debe

tomar de la naturaleza, en la medida que le es justamente necesario, aquellos elementos significativos que la puedan jerarquizar. Braque lo dijo: si la pintura pierde contacto total con la naturaleza, termina, indefectiblemente, en la mera decoración...

Y ya se sabe, la pintura, no sólo se hace para decorar habitaciones; su destino es mucho más profundo que la mera parcela instrumental de la visión óptica.

En fin, después de lo dicho, tenemos expuesto ante nosotros el escaparate del pintor cesureño. Ya tenemos a la vista su obra, la evolución de su quehacer y, particularmente, la voluntad creadora ordenada en términos humanísticos.

Surge de este modo, la bellísima complejidad de sus obras más recientes. "A xaula" (la jaula), juntamente con "A sesta" (la siesta), son dos hitos en la pintura de Carlos Maside. Dos hitos fundamentales, dos líneas divisorias, puesto que "Cacharrreira" (cacharrera), "Peirao" (desembarcadero) y las series de "Tendas" (tiendas) como los cuadros de tema popular, tienen idéntica jerarquía estética e igual valor humano.

En "A xaula" y "A sesta" descubrimos dos de los cuatro puntos cardinales de la pintura de Maside. Uno, en "A xaula", es el movimiento, el ir y venir de la gente que camina, la movilidad del buhonero con su destino trashumante. Otro, en "A sexta", es el equilibrio, el orden, la euritmia. Es el descanso de un pueblo después de sus idas y venidas, Dios sabe por qué caminos. En ambos encontramos vinculados los otros dos puntos cardinales que faltaban: el gran Este de la ordenación filosófica —Norte y Sur serían para el movimiento y la euritmia—, de la reflexión, y el definitivo Oeste de la atracción auroral que se traduce en luz y color.

Pero todavía hay un punto clave en la pintura de Carlos Maside que necesita aclaración.

Muchas gentes denominan su arte con el nombre, a todas luces ilegítimo, de "pintura costumbrista", como si fuese un soporte pintoresquista de signo folklórico.

Esta visión astigmática de la pintura de Carlos Maside es tan falsa como falso es considerar a Castelao "dibujante de humor". No, la pintura de Maside es, por su esencia, anticostumbrista, y por su presencia, veraz. Esto es, verdadera. Sólo verificable en la verdad, que no en la apariencia.

El costumbrismo no es un género de auténtica veracidad popular, sino de apasionado regodeo populachero. Y Maside —apasionado ecléctico del vivir, y aún del morir— era fundamentalmente antipopulachero, aunque sí esencialmente popular, noblemente popular, y solidario de los hombres de su pueblo, los cuales le proporcionaban —a veces con doloroso realismo— los temas de su pintura. Los trabajos cotidianos con ansias irredentas muchas veces, o los días de vagar impregnados de ingenuismo festero. Y cuando un pueblo trabaja y sufre, ríe o goza, hace historia con toda seriedad; no hace pintoresquismo literario que es, en definitiva, el signo negativo de lo popular.

Aunque brevemente, por imposición del espacio disponible, ya tenemos pues, un panorama inicial en torno al pintor Carlos Maside y su obra.

La veracidad de su pintura, como se vio a lo largo del trabajo precedente, va unida a su potente significación y comunicabilidad. Es una pintura que, además de derribar unas estructuras caducas, o, cuanto menos, invalidadas, manifestó su presencia de pueblo; denunció afanes redentores y, con anhelo viviente, interiorizó aquellos matices humanos que no se supieron ver antes, o simplemente que no se vieron.

Y estas virtudes alcanzan plenitud en la segunda etapa de su obra creadora a la que aludíamos con anterioridad. Etapa trémula e intensa, puesto que coincide con su mayor potencialidad imaginativa, y también con su quebranto físico y moral en deflacción. Maside, que considera con melancolía los comportamientos humanos, se aísla. Sólo algunos amigos tienen acceso a su círculo íntimo de Rúa do Vilar, 42, y, eso sí, toda la juventud que quiere departir con él encuentra calor, comprensión y consejo.

Su obra, tan reducida, se debe a su propio inconformismo, a su radical exigencia consigo mismo. Series numerosas de sus cuadros fueron destruidas por considerarlas el pintor sin estimativa de plenitud; a pesar de sus valores y altas calidades estéticas, según testimonio de quienes pudieron admirarlas, estas obras han sido eliminadas por su propio creador.

Creemos que no cabe mayor honestidad en un pintor que, ya como hombre, dio altas lecciones de moral deontológica.

También de humanidad trascendida...

EL ARTISTA ANTE LA CRITICA

Los juicios críticos que se transcriben en este capítulo aparecieron en la prensa española e hispanoamericana publicados íntegramente. Fueron recogidos todos ellos por la revista argentina "Galicia emigrante", en su número 35, correspondiente a los meses de julio y agosto de 1958, año del fallecimiento del pintor.

Los años que he visto pasar no han hecho más que afirmar el valor de la obra de Carlos Maside, y tengo la certidumbre de que el futuro aumentará su comprensión y la admiración hacia ella. La obra de Maside es un ejemplo maestro de fidelidad a su época y a su tierra. Su temática es el pueblo de Galicia, sin "surrealismos", sencillo y real como nuestro pueblo es. Y su solidaridad era total con la suerte de lo que retrataba.

En la tercera década de este siglo era poseedor de ideas estéticas que aquí sorprendían, aunque ya hubiesen alcanzado comprensión en otras partes de Europa. Incorporar valores a Galicia es bueno. Adscribirse Galicia a los gallegos a destinos extraños le resultaba un verdadero dolor. Por Maside el arte gallego estaba ya, desde hace más de treinta años, dentro de la estética más inteligente de nuestro siglo.

En vida no hizo nada —más bien lo contrario— para que su obra alcanzase difusión. La comprensión sincera de una docena de amigos le sostenía en su aislamiento de los últimos años.

Isaac Díaz Pardo

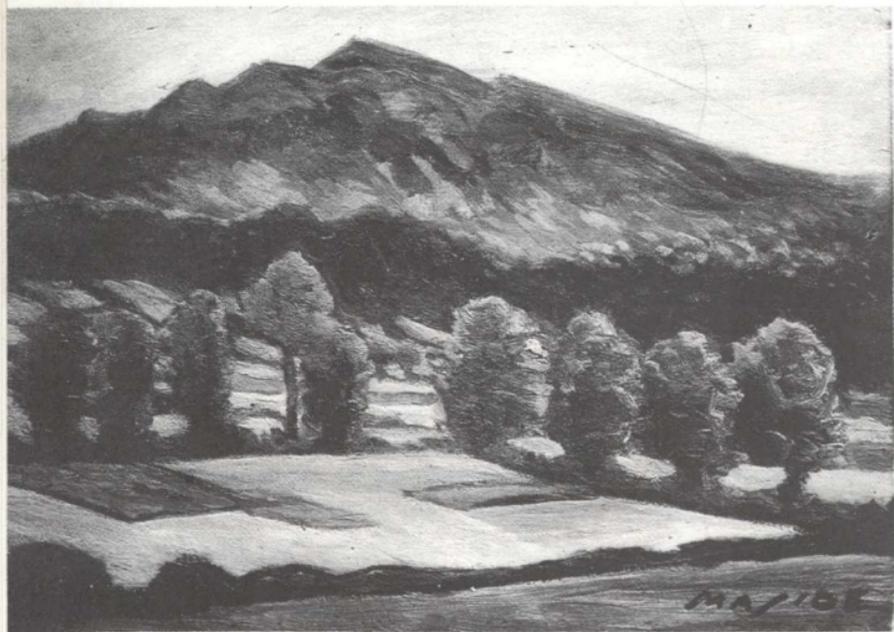
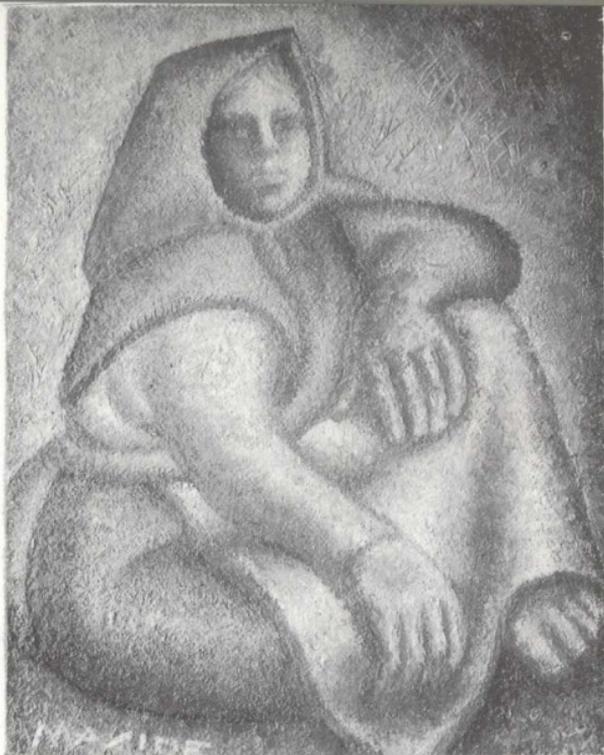
Hablaba premiosamente, con pausas y titubeos, como si temiese no hallar la exacta palabra o su exacto pensamiento. Pero el resultado era siempre el mismo: una correcta conclusión clarísima y airoso, que no era hombre de tópicos, de convencionalismos, de fáciles o fatales seguridades. Hombre objetivo, pensando en alta voz. Nos asombraba su poder de ideación y la precisión de sus discernimientos. Y siempre decía algo lógico, atinado, hondo. Un discurso despejado y limpio, una dialéctica directa. De ahí la traza de su pintura: clara, honesta, clásica. Cada cuadro suyo es un explícito teorema, una realizada lección concluyente. Veraz, denso, noble.

Su pintura es sustancialmente gallega; es decir, vivamente: de abajo arriba, de la raíz hasta la flor. Es gallega más allá —o más acá— de todo explícito designio, más allá del mismo artista. No ve o siente a Galicia de cualquier modo... La respira. Su tierra le penetra, imbuye y satura. Su obra, culminar expresión plástica de lo galaico, es ya clásica... Toda posibilidad o realización de una



"Boneca" (Muñeca)

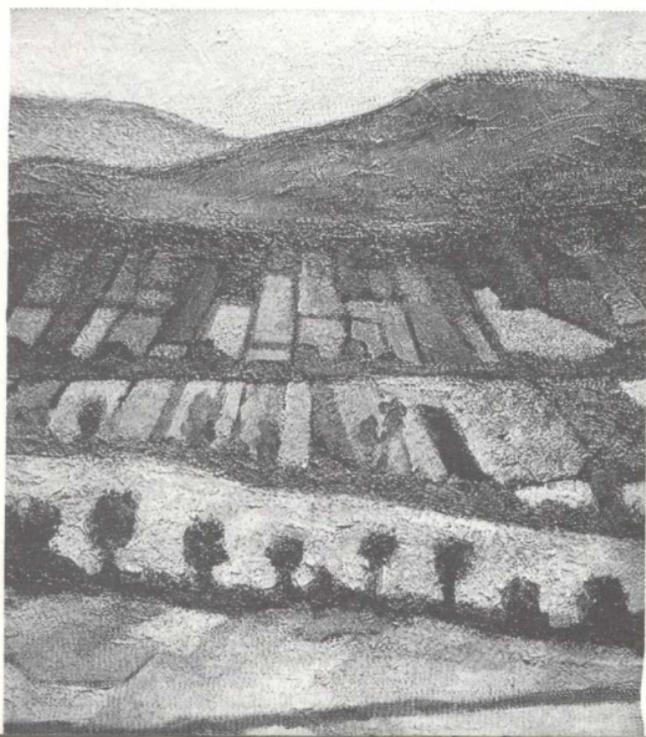
"Campeŝina ŝentada"
(Campeŝina ŝentada)



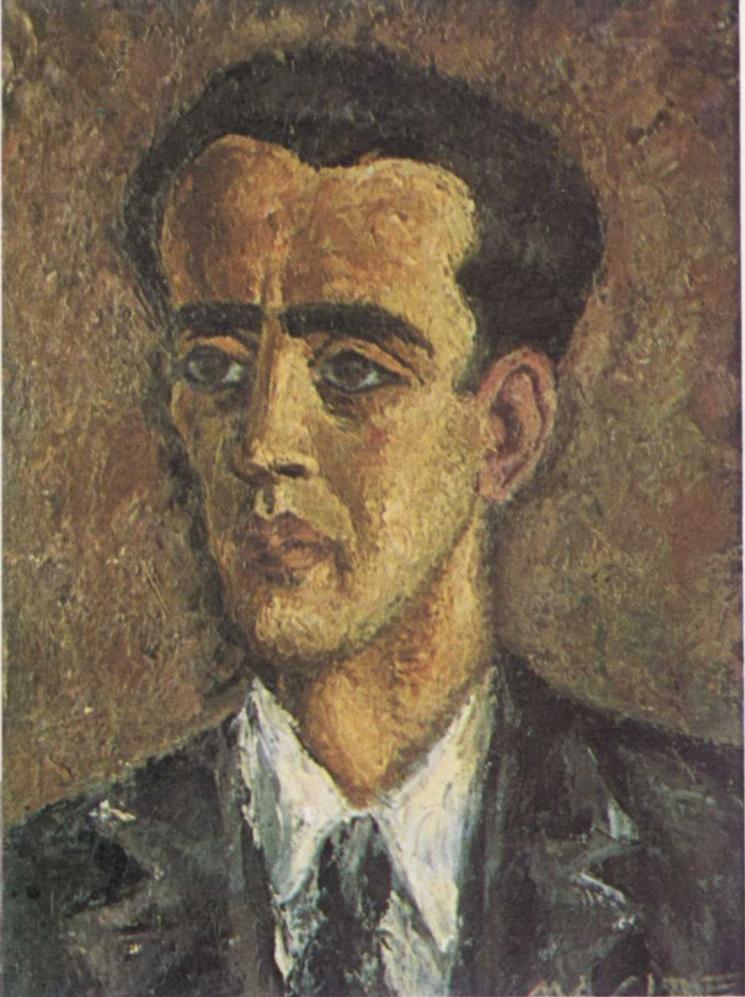
"Paixaxe" (Paisaje)



"Duas paisanas" (Dos paisanas)

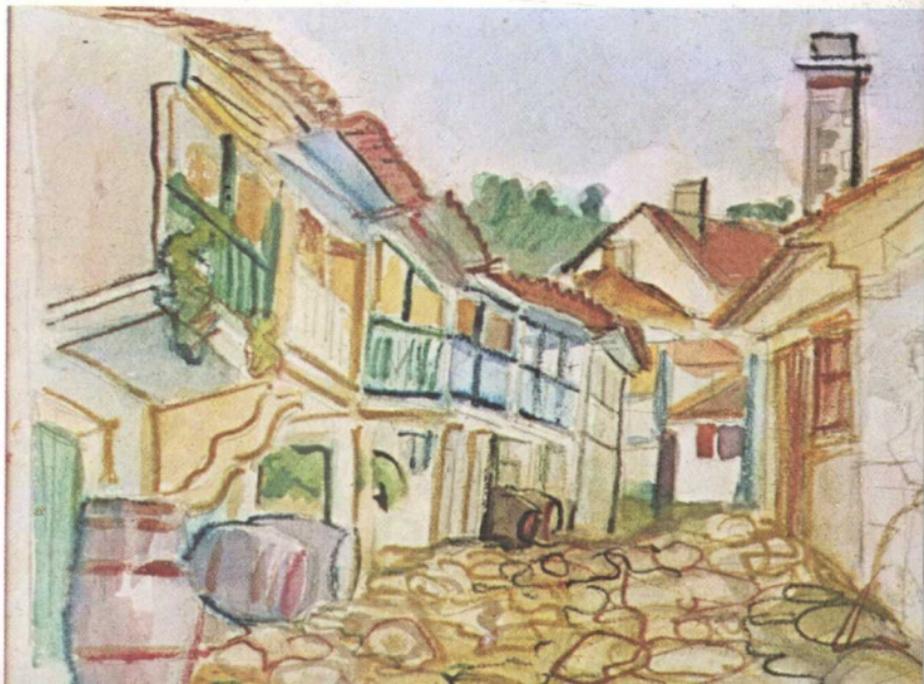


"Paixaxe" (Paisaje)

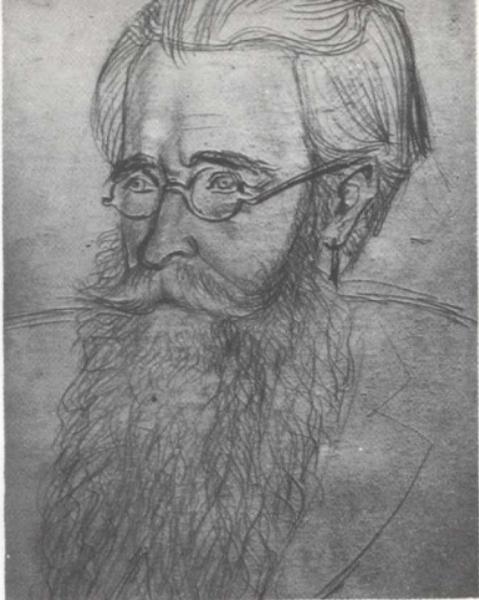


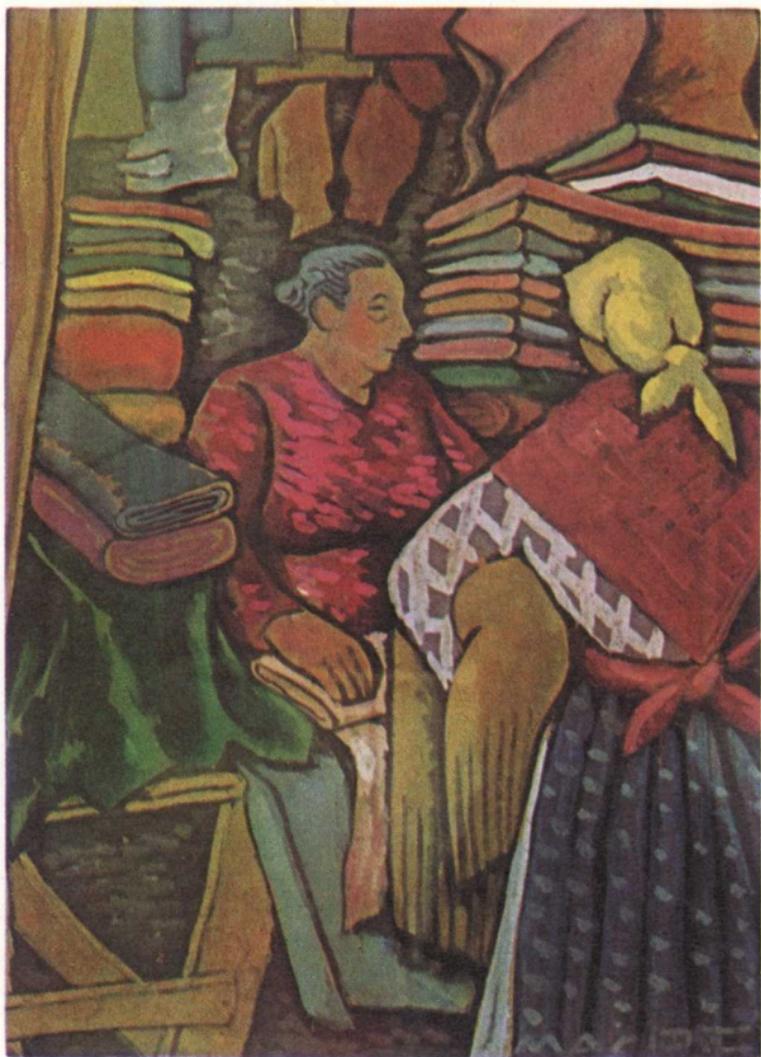
Alvaro Cunqueiro

"Rapaz a xantar" (Niño comiendo)







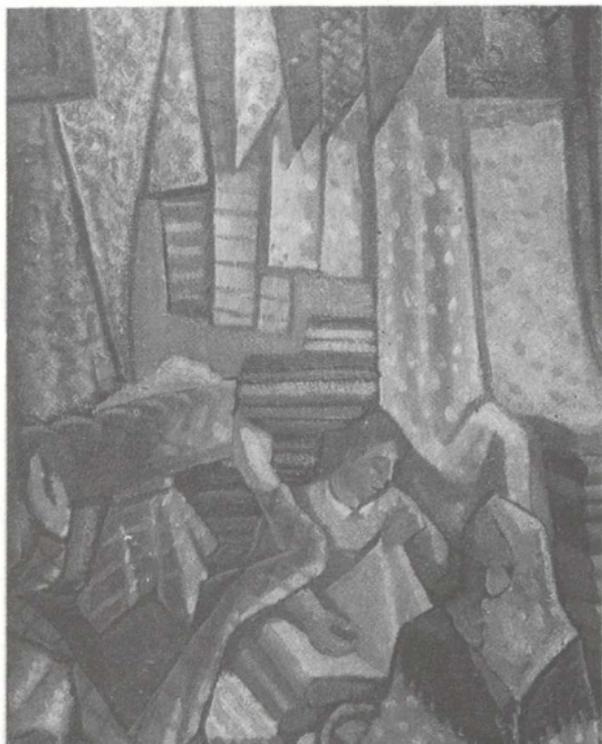


"A pequena tenda" (La pequeña tienda)





"Cacharreira" (Cacharrera)

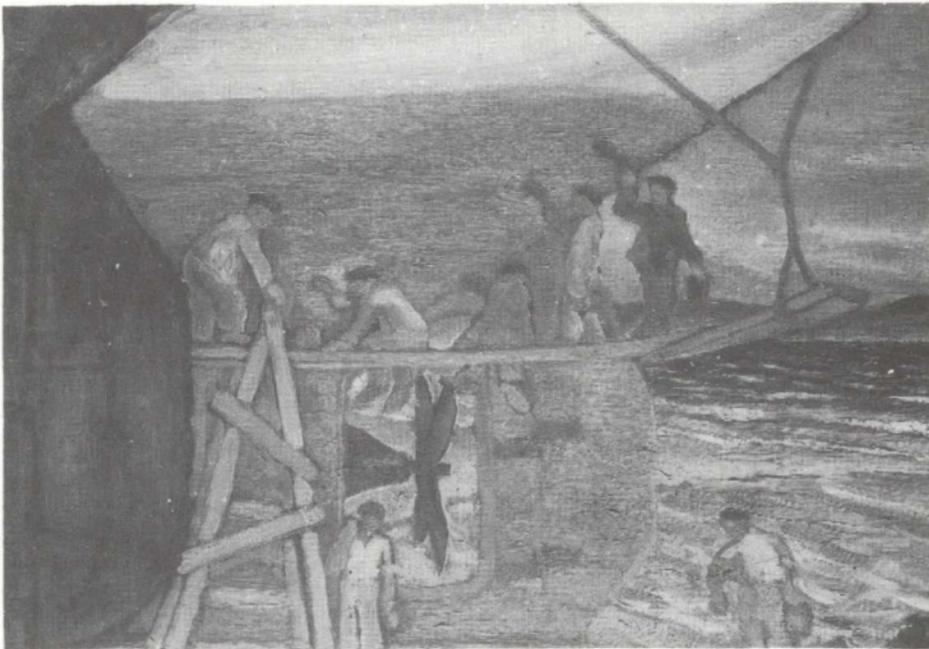


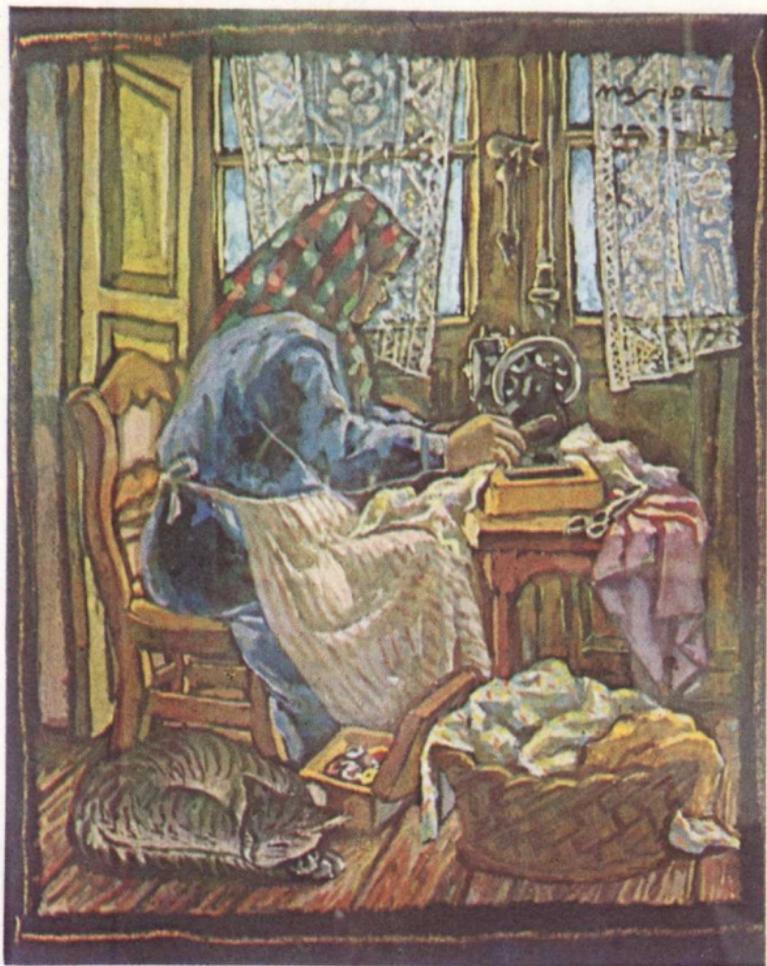
"Tenda" (Tienda)



"Flores e bugia"
(Flores y caracola)

"Astilleiro" (Astillero)





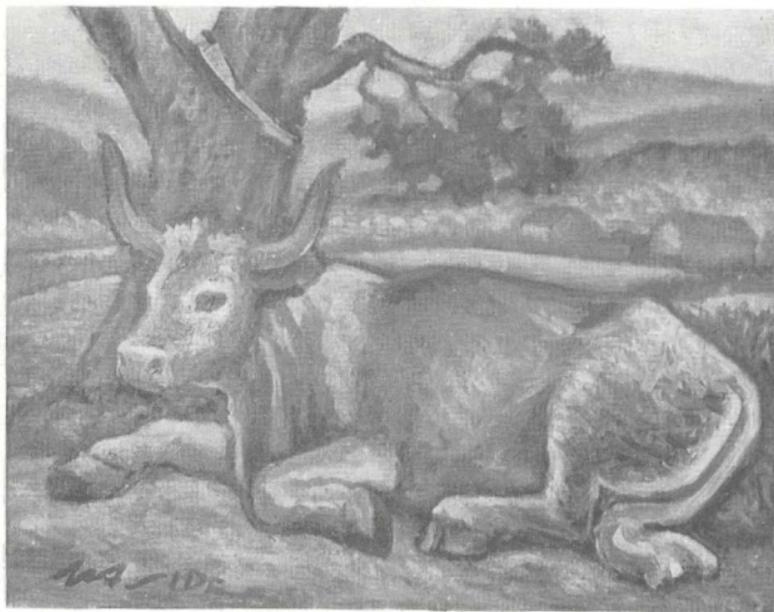
"Costureira" (Costurera)



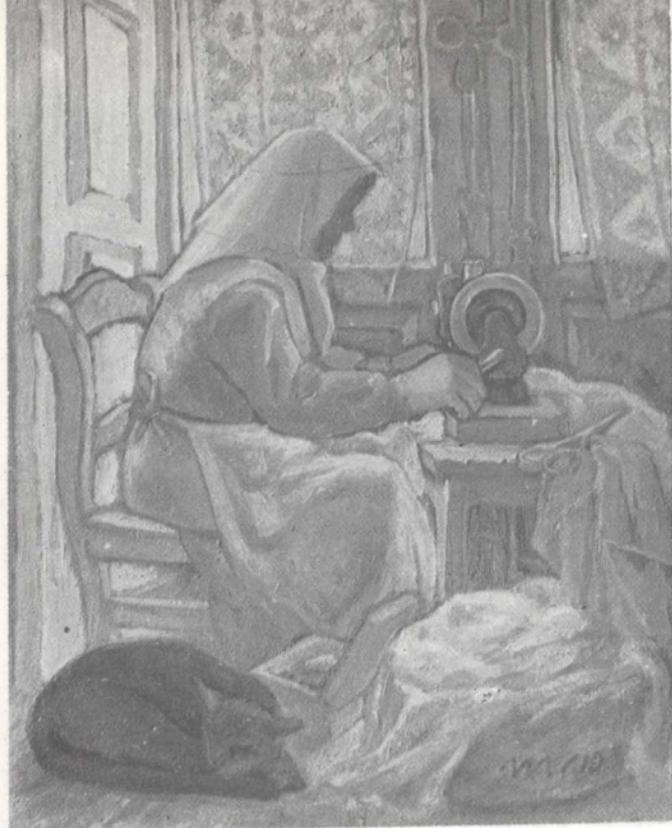
"A sesta" (La siesta)



"Peirao" (Embarcadero)



"A res" (La res)



"Costureira" (Costurera)

"Peixes" (Peces)





pintura cabalmente nuestra, hay ya que referirla a su gran obra.

Anxel Fole

Se nos ha muerto en Compostela. Era un ser humano de una nobleza incomparable. Era eso que Gracián decía que es lo más hermoso del mundo: "una cabeza levantada, los ojos que te miran, la boca verdadera, el noble corazón, es decir, el gran duque de Alba o el príncipe de Condé". Eso era, de ese linaje de hermosura esencial. Y era un enorme, generoso, fiel amigo. Galicia es ahora, precisamente ahora, algo más pobre. Es más pobre en pintores, porque se ha muerto uno de los maestros de la pintura en Galicia, pero es más pobre en su humana raíz, porque se le ha muerto un hombre libre, una conciencia vigilante que la amaba y la decía; amaba el rostro de la tierra nuestra, tan carnal, y la condición oscura de sus gentes, y la luz divinal que en ambos, tierra y gallegos, hubiere. Tenía para su tierra y las gallicas gentes, una vivaz pasión redentora; yo sé que estaba, desde sus soledades, viendo el destino nuestro a través de un ardiente sueño. A veces salía de este sueño para decir, al pie de un dibujo, unas palabras de humor, pero como a Castelao, como a Cebreiro, le traicionaba la nostalgia; se le veía el dolorido sentir, formado de desesperanza amarga ante todo eso que se hace en toda parte, y contra la pobre gente, y se llama "política de desprecio"; le sobresaltaba una ira civil, tanto más espléndida cuanto que era una fe insobornable... Quiero decir también, por lo que a mí me toca, que he perdido, con su muerte, a uno de los amigos para los cuales fue precisamente hecha esta palabra, y de una fidelidad emocionante e irreprochable.

Yo he escrito alguna vez de la pintura de Maside. He dicho, por ejemplo, estas cosas:

“Esa vivaz y trémula distancia de luz que se posa, como un polvo de oro, entre el contemplador y el cuadro, tan típica de la pintura última de Maside, y que es, esencialmente, la distancia propia que existe entre lo vivo y lo pintado, entre lo visto y lo significado, tan voluntario, y no obstante tan objetiva, y por ende, la extrema razón —iba a escribir “la divina proporción”—, de una total y querida veracidad... La voluntad de construir un cuadro, y con cada cuadro algo que yo creo que defino exactamente cuando le llamo “iluminación”, y que es para mí el sentido más profundo que tenga la palabra creación, y que resulta de conformar el todo —color, dibujo, sujeto— a un orden de emoción que es logrado, lo que Alain llamaba “la resurrección de la Naturaleza”... La no violación por parte del pintor de la acuidad visual humana, y de hecho, la posibilidad de rechazar en cada momento los elementos que podemos definir como falsos, a veces interpolaciones de tan fiel apariencia que engañaba a la vista... Finalmente, el apetito de comunicación, que hace de la obra de arte un sabroso fruto de amor, y que vive del grado de pasión del creador. Todo esto que yo encuentro cotidianamente en la pintura de Carlos Maside, es ni más ni menos que lo que a una pintura, como ahora se dice, “auténtica”, se le exige. Y que me sea permitido añadir que hay pinturas, por decirlo así, ejemplares, tanto por lo que en ellas va de invención como de tradición, y también de sentido humano y moral: cito al Tintoreto, por fijar con una referencia esta opinión, y por un vivo y sorprendente parentesco entre el maestro veneciano y Maside; pues la pintura de Carlos Maside es de esta calidad, de este mismo fecundo calor, de pareja poética volun-

tad, y de tan amante imaginar, a mi ver.

"Yo digo a veces, y por parabolar, que una pintura es buena en la medida en que huele a manzana. Es decir, en la medida en que participa del pecado original: ser tanto como Dios, tener parte con El en la creación y en la contemplación del universo mundo, desde la estrella al gusano, desde el ala del ángel a la flor del tojo. Todo verdadero artista creador tiene, de él propio, un día de trabajo en la larga y cálida semana de la Creación; un día de trabajo que bien puede ser, simplemente, una mirada sorprendida o un temeroso sueño; de este día de trabajo el artista trae fuego, paciencia, vagancia, amor, enigmas y miedo. Todo este caudal, frágil como un vaso de Murano, está a un tiempo, sístole y diástole del corazón humano en el artista y en la obra. Yo sé, con certeza, que está en Carlos Maside y en sus cuadros, y doy la noticia.

"Llegados delante de un cuadro de Maside lo primero que véis es la luz, un largo paño de oro, y desde la luz váis viendo el color, uno a uno, donde la luz viva nace y crece, y todo lo que no es luz, es orden, precisa y dulcemente premiosa arquitectura, único elemento puramente subjetivo del cuadro, y no obstante, decisivamente formal, y donde descansan los elementos reales, que son de suyo invenciones, esto es, descubrimientos, y la ventana por donde el pintor dice, confiesa su secreto. Ni más ni menos que el primer secreto, parte del gran secreto de la Creación."

Esto escribí varias veces de la pintura de Maside. Lo recuerdo hoy para razonar, de alguna manera, la afirmación que hago en voz alta de que se le ha muerto a la pintura gallega un gran maestro, precisamente, de cargo universal. maestro. Un maestro, precisamente, de rango universal.

Alvaro Conqueiro

Decir algo sobre Carlos Maside, aparte su poderosa personalidad artística, es codearse un poco con lo suprafísico. Es algo así como enfrentarse con las esferas más altas de la humana perfectibilidad. Porque Carlos Maside era hombre; o, mejor, era humanidad. Cuando decía —y lo repetía frecuentemente— “yo pinto del lado del hombre”, ejercitaba un íntimo artículo de fe. Sentía fe ante lo que creaba, y todo él era fe ante la Creación. Cuando se oye decir que hubo hombres que perdieron la fe observando el color rojo de las rosas, y otros que la encontraron mirando los rosetones coloreados de una catedral, no se encuentran en ellos más que sombras incoherentes de humanidad. La verdadera humanidad late, precisamente, en estos espíritus que, como el de Carlos Maside, hicieron de su fe trasunto de la Creación, y de su creación un vínculo poderoso y recio de su fe en la humanidad.

Por eso pintaba “del lado del hombre”. Y la luz y los colores eran para él tanto como las Formas, y las Formas tanto como las Ideas. Eran la conjugación de un todo en armonía constante con las potencias de su alma.

Fernando Mon

De los cuadros de Maside se puede decir que descansan la vista. No es el descanso bobalición ante una pseudo armonía consabida que inhibe de pensar y no despierta ninguna inquietud. Es, por el contrario, descansar en la inquietud que despiertan. El pintor nos muestra su visión de las cosas, su interpretación de esa visión, y ello se acepta como un descubrimiento deseado. Es algo perfectamente suyo que él nos hace comprender perfectamente. Acude la idea de que estábamos esperando su redescubrimiento de Galicia. Cabría

decir, en un intento de profundizar su pintura, que Maside está entre Gauguin y Cézanne, tomando a ambos como exponentes de dos distintos tipos de artistas. Gauguin será el del pintor que se entrega a su inspiración, que cede a ella desde el primer momento; y Cézanne el que, ante la inspiración, piensa y elabora, en un trabajo intelectual análogo, por ejemplo, al que realiza en la creación poética Mallarmé. Es necesario destacar también una cualidad sobresaliente en la pintura de Maside: la absoluta honradez, sin truco efectista de ninguna clase. Maside es ante todo un pintor auténtico, sincero ante sí mismo y en sus interpretaciones, y en ello queda resumida la máxima condición del artista.

Concha Castroviejo

Maside, precursor en Galicia de un movimiento plástico sobre el que todo el mundo ha hablado, trascendía su personalidad sobre la vida intelectual española durante los años 1930 a 1936, como él mismo quizá no sospechara.

El espíritu gallego, una de las gracias más considerables de la diversidad española, resonó en su pintura como las causas, en vez de como los ecos. Maside pertenecía a la Galicia auténtica, realidad a la que siempre seremos deudores los que soñamos una España verdadera. Brilló así en su plano como Valle Inclán y como Rosalía en los suyos. Vivía en Galicia idealizándola, quintasenciándola en su pintura; dando con mesura y con sensibilidad portentosas su magia buida y su caudalosa vibración.

La **voluntad de estilo** de Carlos Maside no se confundía con el "estilismo" más o menos deplorable de los que no sienten ni padecen. Hay un compañero literario de Maside en las letras galle-

gas y españolas: Rafael Dieste. Carlos y Rafael son hermanos en el control creativo, en el planteamiento suficientemente pensado, y en todo aquello que acredita la obra de estos artistas como una alta exigencia en el plano creador.

Nada tan noble como la sencillez expresiva de vuelta, en la obra mejor de Maside. Pintar —o escribir— no es explotar un tema, sino acreditarlo. Quisimos mucho a Maside por enemigo de lo fácil, por la dimensión de su encariñamiento, por la categoría a que llegó viviendo y pintando.

Enrique Azcoaga

Como en el caso de todo gran artista, al que además sintamos como gran poeta, la obra no es, tratándose de Carlos Maside, ni algo accidentalmente unido a la persona, ni algo, tampoco, sin lo cual la persona pudiese resultar frustrada, ensimismada, deficiente en el orden de la presencia y del amor.

El Arte fue para él motivo de la más delicada reverencia, a veces traducida en cuidadosas pausas o en laberínticos desvelos. Pero a la vez, como ejercicio, un lujo, un resplandor; y, como conquista, un acto inconfundiblemente señorial, generoso, sellado y orientado desde la raíz por el impulso de la dádiva. ¡Hermosa y ceremoniosa dádiva, en su elegante sencillez, la de Carlos Maside! ¿Y cómo, ante la obra serena del artista, no agradecer los trámites de su reflexión? Son trámites marinos, y todavía nos saluda, como con luz de ausencia, la fragata que nos trajo el regalo.

Ver, si se es pintor, es buscar el mundo en la plena entidad de cada cosa. Y tan ejemplar fue Carlos en ese amor inquisitivo, que yo estoy viendo, puesta en noble mano, una densa manzana que empieza a ser de oro... y, en seguida, es ya

el Mundo, el mismo que en la suya sostiene, arrodillado, el otro Carlos de las viejas estampas.

Ni aún en los cuadros del momento expresionista (más bien esperpentista) de Maside, podrá decirse que se disuelve el mundo, pues dislocado con amor y humor no es lo mismo que disuelto...

En esos cuadros de angulosos fulgores, se muestra ya, como en cantera recién partida por la dinamita el sentido enterizo y "multisensible" del color que Maside tenía y perseguía unido, por entonces, al secreto afán de ordenar el color en una especie de escalas pictóricas (como las de la música respecto al sonido).

En general, sentía como informados por el número —dígase por el verso, y quizá se le entenderá mejor— los varios modos de ostentarse cualitativamente el ser de las cosas: color, tañido, resistencia...

Pero no podía ni quería disociar su verso, el de colores, de la concreta unidad del universo. Buscaba en su escala —¡poniendo en ello los cinco sentidos!— el vínculo de origen con todas las demás, que la hacía expresiva; tanto más expresiva; sin embargo; cuanto más pura e inequívoca. Y razonaba... Sí, líneas y colores. Pero, con líneas y colores, y aun sólo con líneas, la luz, el peso, el ritmo, lo íntimo y compacto de las cosas —¡y claro, el alma de lo que se ve!—, hasta que el cuadro, sin ser cosa, tenga la plenitud de aquel buque anclado, o de aquella gaviota, o de esos ángulos... Hablábamos en un alto balcón, frente al mar de Vigo. ¡Oh, los nobles rigores de la reflexión, tan aristada y juvenil, frente al mar de Vigo, y con Carlos Maside! Tal vez llegaba entonces de repente un ángel, tanto más grave y más inevitablemente gran poeta cuanto más circense, diciendo roncamente por lo bajo y como si gritase:

¡La encontré! ¡Pasmosa, justa, única! ¿Qué? ¡La palabra! (Ya los dos me dejásteis, Carlos Maside, Amado Villar). La reflexión y los colores y las líneas —¡pasmosa, justa, única!— queriendo ser buques, ser de verdad como los buques. Sí, hemos pensado en grande, Carlos, sin otros gestos que los de la amistad siempre sorprendida.

Y ahora resulta que es verdad, que nuestra tierra te ama, y que tu ejemplo —el hondo ejemplo de tu persona valerosa, que es más que valiosa, de tu ética profunda, de tu serio amor a la belleza, de tu tiernísima responsabilidad de artista— va a ser, ya se ve, callada arenga alentadora para nuestros mozos, los de ahora y los que vengan. Con todas las gentes de nuestra tierra, que entienden de cosechas y de números —de estrellas, danzas y cántigas—, te decimos: Gracias.

Rafael Dieste

Cohibe un poco el hablar apresuradamente de la pintura de Carlos Maside. Su rigor, su afán inmoderado de perfección, parece incompatible con el comentario improvisado. Sin embargo, el merecido homenaje es urgente y nos obliga, por lo menos, a un intento de caracterización.

La fama de Maside es escasa, minoritaria, la cual, en estos tiempos, es ya un indicio de valor, de calidad. Hoy la gran fama está, pese a la aparente paradoja, bastante desacreditada. Se edifica con demasiada frecuencia, sobre la impureza, el escándalo y la pública candidez: “¡Dios mío, que estúpida puede ser la gente!”. Eso nos dice Salvador Dalí y hay razones suficientes para suponer que sabe muy bien lo que dice. Pero Maside nada tiene que ver con el mercado y el público de la hora: su pintura es seria, honesta, no pretende engañar a nadie. Pretende, justamente, todo

lo contrario: pintar con sinceridad, sin trucos, luchando denodadamente con los problemas verdaderos y eternos del arte de la pintura.

Yo sospecho que al juzgar la pintura de Maside es fácil el equívoco y la confusión. Se ha dicho que era una pintura realista, abstracta, cerebral, lírica, gallega, unirvesal. Es decir: calificaciones incompatibles y, sin embargo, con una apariencia de verdad. No cabe duda que hace falta poner algún orden en esa atribución.

Maside es, fundamentalmente, un pintor gallego. A nuestro juicio el mejor pintor gallego de todos los tiempos. Ahora bien: Maside es pintor gallego en la misma medida que Goya es pintor español: sin merma alguna de su universalidad, la cual, en pintura, ni radica en los asuntos, sino en los problemas y los motivos. "Motivo" no es lo mismo que asunto o tema; motivo, como denuncia su étimo, es incitación, problema planteado al pintor por la realidad exterior, y esta realidad, en el caso de Maside, es realidad gallega. ¿Qué tiene que hacer el pintor con esa realidad? Redimirla de su fugacidad, salvarla, hacerla transparente para la eternidad. Ese ha sido el gran problema del arte de todos los tiempos. Sólo en nuestros días se ha intentado soslayar ese problema: la pintura no figurativa. Pero esa pintura, el peligro de la abstracción extrema, es una de las cosas que Maside ha sabido evitar. Yo tengo por cierto que nuestro pintor ha meditado mucho la advertencia profética de George Braque: "Si se pierde el contacto con la naturaleza se termina, indefectiblemente, en la mera decoración." El otro peligro del naturalismo documental, del realismo ingenuo, también lo conocía Maside perfectamente y logró evitarlo. Nuestro pintor fue como quería Goethe que fuese el verdadero artista, señor y esclavo, a la vez, de la naturaleza. Vivió y pintó esa difícil

tensión, en ese "equilibrio" —son sus propias palabras— entre lo real y lo abstracto, sino una síntesis, un equilibrio entre realidad y abstracción.

Ese equilibrio entre realidad y abstracción se anuncia fácilmente como programa, pero es arduo, muy arduo, como tarea. La vida de Maside fue, enteramente, una entrega a la solución de ese problema. Para lograrlo no escatimó esfuerzos: un análisis infatigable de la realidad, el aprendizaje de todas las técnicas, la meditación sobre las estéticas. Por eso resultaba asombrosa la sabiduría adquirida por el pintor de Cesures. La sabiduría y la serenidad, el sosiego, el equilibrio de su arte: algo musical hay en sus cuadros, pero, precisamente, no es lírica, no es canto, sino armonía, composición, consonancias, cadencias de color, de volúmenes y líneas.

Maside, siempre equilibrado, clásico, no es un cerebral como se ha dicho alguna vez; no prefiere "la regla que corrige a la emoción", con George Braque, pero tampoco prefiere la "emoción que corrige la regla, con Juan Gris; su ideal es "el cristal-semilla" —como dijo alguna vez—, la perfección viva, la coincidencia asombrosa y extraña de regla y noción. Por otra parte, Maside no pinta con prejuicios, con ideas: pinta con las leyes de una mirada ebria de un afán incansable de armonía visual.

Para concretar un poco todas las consideraciones que anteceden, y ante la imposibilidad de considerar detenidamente las obras de Maside, nos limitaremos al análisis somero de un cuadro muy representativo y predilecto del autor. Se titula "La res". Al parecer algo muy sencillo: una vaca que reposa con un fondo de paisaje gallego. Sin embargo, no se trata del consabido cuadro naturalista. La vaca no está pastando, ni trabajando, ni en la feria, ni en el ordeño. Está misteriosa-

mente sustraída de su contexto habitual utilitario y fundida con un paisaje; su lomo se compone, juega plásticamente, con el lomo de las montañas; su cabeza y sus cuernos y una pata delantera forman una unidad plástica y rítmica con un árbol; la expresión de la vaca y del paisaje, el empastado y la luz de ambos están mutuamente implicados, conjugados en un enigmático diálogo. Algunos espectadores de esta obra tienen la sensación de encontrarse ante un cuadro "mitológico" o un cuadro "filosófico". Mitología y filosofía son, sin duda, palabras inadecuadas en este caso, pero traducen muy bien la impresión de que no se trata de un vulgar cuadro realista. Se trata, sencillamente, de excelente pintura gallega por su tema y por su "motivo", y universal, por los problemas que plantea y que resuelve. Se trata de una pintura ejemplar. Ejemplar en todos los sentidos: por su honradez y por su calidad, por su ética y por su estética.

Para terminar estas consideraciones sólo dos cosas: un deseo y una profecía. El deseo de que no tarde en hacerse un detenido estudio, con una amplia consideración biográfica, de la obra de Maside, y la profecía, un poco tímida por nuestro temor a los menestrales proféticos, del gran valor y la gran consagración que, en un futuro no muy remoto, le esperan a la gran pintura del llorado amigo.

Celestino F. de la Vega

Una vez, hace ya tiempo, vi a un hombre en la calle que caminaba bajo la sombra de un ancho sombrero y llevaba en la boca un gesto que no se parecía a nada. Caminaba despacio y se paraba delante de todas las cosas, porque todas las cosas tienen su color. Seguí, sin darme cuenta, aquel

gesto hasta que desapareció en un portal. Después supe que, a veces, Maside bajaba de su ermita y se perdía entre los hombres.

Pero sólo mucho más tarde, cuando llegamos a ser auténticos amigos, comprendí aquella sonrisa tremendamente triste y amarga. Maside lloraba la insinceridad de todos los hombres, en esa su ermita construida por él mismo, arte a arte, para complacerlos y rezar por todos ellos. También el monje está lejos del mundo, pero todo el mundo está en su celda y en sus oraciones. Sólo cuando algún farsante, algún buitre de la cultura, se subía a la tribuna del arte para que le sacasen una fotografía, Maside sentía la imperiosa necesidad de bajar. Era como si injuriasen la honestidad de un ser querido. Entonces bajaba con su ancho sombrero, no para tender su mano al conferenciante, sino para llamarle fariseo. Luego subía una vez más a su celda y rezaba por él. La sinceridad constituía el primer drama de Maside.

Un día Maside cogió la pluma y escribió apenas seis páginas. Sin duda lo mejor que se publicó en Galicia sobre arte. No se erigió en filósofo del arte, aunque le sobraba talento para ello, ni volcó sus conocimientos bibliográficos, aunque le sobraban lecturas. Ni una sola cita y muchas interrogantes. La interrogante es el segundo drama de Maside. Esa hoz con un puntito abajo, que siega una y otra vez las ideas, para que al fin broten con renovada vitalidad. La enfermedad de la autocritica sólo la pueden padecer los hombres superiores.

A todos los que le conocíamos nos sorprendió el escrito de Maside. Pero al final de sus líneas estaba claro su motivo. Defender el valor tremendamente humano de la fotografía popular, la sinceridad impresionante de las poses de señoritos. El paisano busca la perennidad en la fotografía, pero no lo niega. Ahí está su pose, que no es la

cotidiana. Es la pose que el paisano guarda sólo para esos instantes, es la "pose de la eternidad".

No tiene reparos en exponerla al descubierto, como no los tiene cuando viste su traje del "día de velas" y del patrón, que tampoco es su traje de todos los días. También los señoritos buscan lo mismo, pero lo disfrazan bajo posos de fingida naturalidad. "Si, lector, abandonas desde ahora tu desdeñosa ironía para contemplar con ojos aldeanos, humildes fotos populares como estas, habremos alcanzado el único propósito que nos movió a trazar esta eutrapélicas disquisiciones". El monje había bajado a la ciudad, se había subido silenciosamente al púlpito y nos había dicho: Amaros los unos a los otros; ni el más humilde de los hombres es merecedor de que os riáis de él." Y, luego, volvió a subir a su ermita.

"Maside está muy grave; se muere." Entonces pensé visitarlo. Pero fui aplazando la visita, porque en el fondo sabía que Maside no podía morir. Apenas poco más de un mes se lo oía decir por su propia boca. Se envejece y se muere por dentro. Y por dentro Maside, más que hombre ideal de hombre, como todos los ideales, no puede envejecer ni morir. Hemos perdido su sonrisa, pero nada más.

Gonzalo R. Mourillo

El genio familiar, el demonio socrático del pintor Maside se llama constructivismo. Maside concibe el cuadro como unidad, como totalidad, por lo que, rompiéndolo en fragmentos, no se consigue una nidada de pequeños cuadros espacial y numéricamente separados. El cuadro es un amplio acorde que forma un todo armónico, es una contención y una concentración donde cada elemento cuenta en la suma y es insignificante

aislado, conforme al principio fundamental de la arquitectura, que exige la adecuación de las partes respecto al todo.

Maside no expresa los fenómenos convulsivos de las pasiones, sino el mundo de relaciones que existen en y alrededor de las cosas. Tiene un respeto extremado por la naturaleza, y la profesión de fe en el realismo que es su pintura, se esfuerza por destacar cada cosa en su valor íntimo, al tiempo que en la determinación de su contorno. Así, procediendo a la eliminación de las particularidades mezquinas, da del mundo exterior la belleza de la ordenación, del estilo y de la exposición: presenta, expone asequible el relieve visible con su espectro, su alma, como el vino dentro de la botella.

Vemos que el realismo no lo entiende Maside como obligación de pintar la superficie de la realidad, sino que por debajo, por detrás de ella, trata de descubrir otra realidad más profunda, oculta, no captada por la cotidiana percepción sensorial. Y así el proceso plasmador del cuadro es una operación de alquimia que sublima lo necesario para la directa expresión de la vivencia y de su significado, evaporando todo lo fortuito.

Sabe muy bien Maside hasta qué punto un cuadro es ascetismo, es ejercicio de purificación. Frutas y flores, cuadros de figuras, muestran que la pintura de Maside es, más que nada, una determinada dirección fundamental de una acción espiritual intelectual; es una totalidad psíquico-espiritual en la que se nos desvela un nuevo y peculiar aspecto de la realidad, del ser de las cosas.

Xoan Ledo

Carlos Maside es, con Castelao, el más alto exponente del dibujo satírico gallego. En "El Faro

de Vigo", en "El Pueblo Gallego", de esa misma ciudad, y en "Nueva España", de Madrid, aparecieron durante muchos años sus dibujos de intención política y social. Carlos Maside aportaba además de su ironía, de la eficaz claridad de su humor en el planteamiento de los problemas políticos y sociales del momento, un nuevo sentido de la línea y del dibujo, siempre en relación para su construcción con el negro de la tipografía y los blancos de la página.

Era aquel un arte absolutamente popular, a pesar de todo el rigor formal que Maside le imprimía. Popular como pudo haber sido en épocas distintas el de Daumier, el de Steinlein, el de Grosz. Como lo fue el de Castelao. Los ejemplos alemanes y franceses que habían servido a este último no fueron, sin embargo, los que sirvieron a Maside. "Simplicissimus", la revista alemana de humor, anunciaba su decadencia y, de ella, sólo quizá Arnold, luego nazi, y Heine, que moriría en el destierro, con Guibranson, mostraban su veterana eficacia. Eran Grosz, Dix, Grooper, éste en U. S. A., Masserel, los nuevos valores de la sátira gráfica; y Maside fue entonces, por su calidad, rival de ellos.

Maside realizó durante años una verdadera iconografía de personajes literarios y políticos, en su mayoría gallegos. Los dibujos de esa época del gran artista constituyen un capítulo gráfico de la historia de Galicia y España. Maside los hacía al mismo tiempo que intentaba dar nacimiento en su pintura y en el grabado a nuevas formas expresivas, convirtiéndose en uno de los dos o tres más audaces y estudiosos pintores gallegos de su generación. En el género satírico llegó a ser uno de los más grandes dibujantes de Europa. En cuanto a su pintura, es de las más

importantes que se haya realizado en Galicia en cualquier tiempo.

Luis Seoane

Pintor de los buenos, gran dibujante, grabador excelente, Maside nos muestra en su obra una Galicia vivida, asimilada, incorporada al propio ser del artista y por él animada con ese tembloroso calor íntimo de toda vivencia radical. Alumbrado por su espíritu, la realidad cósmica, social o simplemente humana, del mundo gallego, pierde esa neutra y opaca corteza de la pura exterioridad, para adquirir la maravillosa e inmortal transparencia comunicativa de la expresión artística, para adquirir, al fin, toda su significación esencial.

Maside, como todo artista verdadero, a través de los elementos expresivos de la realidad contemplada, sabe ver su significación inmanente. El arte consiste en hacerla trascendente, comunicativa. Pero si la realidad gallega alcanza significado expresivo a través de su reacción artística, la realidad gallega no irá alcanzando en la misma medida en que nuestros artistas sean capaces de dárselo, de hacerlo patente. Esto fue lo que en el orden de la expresión verbal, supieron hacer nuestros poetas. Esto fue lo que en el orden de la expresión visual y plástica supieron hacer nuestros pintores. Y, entre ellos, Carlos Maside de forma singularmente consciente, enfervorizado, ejemplar.

Tres grandes amores tenía Maside: el arte, el pueblo y Galicia. El amor al arte fue la ley fundamental de su existencia, toda ella condicionada por la ascética entrega al estudio y al cultivo artísticos, pues para él, además de una gozosa contemplación, o de una fruición creadora, el arte era un problema intelectual, una pasión cognoscitiva. El amor al pueblo está bien patente en su obra. Puede

decirse que en ella el pueblo es el tema básico, bien para defenderlo de la injusticia a través de la caricatura, bien para captar y reflejar su realidad humana y su atmósfera vital. El amor a Galicia comprendía en Maside la superior integración de pueblo y paisaje, de hombre y naturaleza. Sentía entrañablemente a Galicia como comunidad humana y popular fundida plenamente con su medio cósmico.

Poco fundamento tiene —acostumbraba a decir— pintar en Galicia imitando lo que se pinta en París, pues lo que allí es reflejo de una realidad cultural y ambiental, aquí no pasaría de ser estéril mimetismo. La única forma de hacer lo que hacen ellos es reflejando —tal como ellos reflejan la suya— la realidad cultural y ambiental que nos es propia.

Ramón Piñeiro

¿Carlos? Así llamé muchas veces a la puerta de la habitación de Maside. La última ya no pudo responderme y se hundió en un mar de sueños.

Esa cadena oscura que nos sujeta los pasos me impidió acompañarlo en su último viaje sin retorno. Hay algo en mí que lo lamenta desde el fondo de un hábito que viene de muy lejos. Hay algo que lo lamenta, pero no demasiado.

Comprendo que Horacio esperará para el último momento de su vida una lágrima amiga que apagara la pavila ardiente de sus huesos. Pero comprendo mejor que más tarde encargara

(1) De donde la cueva vacía, ¡fuera cantos / tristes y llantos, lamentos y suspiros! / Y tú por mí no llores ni me llores / a mi sepulcro coronas excusadas.

a Micenas, el viejo amigo, que hiciera un poco de silencio verdadero en torno a su tumba.

“De onde á cova valeira, ¡fora cantos tristes e prantos laídos e salayos!
E tí por min non chores nin me leves
ó meu sepulcro croas escusadas.” (1)

Esto decía el grave Horacio, y desde Horacio se aprendió mucho. Se hizo tan dura la soledad de los vivos que es difícil pararse a soñar soledades para los muertos.

Los sepulcros están siempre vacíos. El de Carlos Maside no encierra tampoco al amigo que sigue siendo con nosotros. No siento, por ello, no haber acompañado su cadáver, no haber pretendido siquiera ver sus restos. Ello me impide ligar su recuerdo a ningún signo de muerte.

No quiero pensar ahora en el artista, ni en la vida que el arte prolonga a los artistas, con cierta ironía a veces. Quiero pensar en la vida verdadera de Maside, en esa que se ligó a la mía y la agrandó con cosas gratas de recordar en tantos sitios y que, finalmente, se aquilató aquí, en Santiago, reviviéndose ya en melancolías.

En aquel gesto inolvidable de la mano, en aquella sonrisa, en aquel ceño, en esa figura angulosa que veré parada frente a un escaparate al volver la esquina, seguirá viviendo, para mí y para cuantos lo amaron, esa vida de Maside que se hurta al sepulcro.

Es muy frágil esta vida, diréis. Sin duda. No más que una llama luchando contra el viento en una pobre lámpara de barro. Pero, ¡qué deliciosa en medio de la noche grande que se cierra!

Me explicaba un día un sueño que había tenido. En el Vigo de 1938, trepidante de camiones pesados y grúas en la noche, soñé con un furioso ataque de aviación.

La explicación del sueño era larga y bastante complicada. Su conclusión era esta:

El sueño que concebimos más o menos prolongado, realmente es un fenómeno instantáneo. Entre su realidad, sin embargo, y la realidad de la vida de vigilia, hay sólo una diferencia de grado. La que pone o quita la presencia de un mayor o menor número de facultades perceptivas y críticas en uno y en otra.

"Según esto es verdad que los sueños, sueños son; pero son sueños de la vida, de esta vida que creemos verdadera.

"¿Y por qué esta vida, que decimos verdadera por decirlo, ha de ser otra cosa que el sueño de un instante en la noche enorme en que estamos dormidos y en que nos parece despertar?"

Esto explicaba Carlos Maside, esa voz que está aquí a mi lado, que siento, mejor dicho, desde mí.

Del otro Maside, en que alienta toda la inquietud artística de Galicia, es depositario el tiempo eterno.

Aquilino Iglesia Alvariño

ESQUEMA DE SU VIDA

1897

Nace en San Xulián de Requeixo - Pontecesures - (Pontevedra), el 18 de marzo de 1897. Hijo de Benito Maside y Socorro García. Su padre oriundo de Orense y su madre de San Xulián. Tienen un establecimiento de tejidos.

1911

Por fallecimiento de su padre y mala marcha del negocio de tejidos, su familia se traslada a Santiago y Carlos Maside a Villagarcía de Arosa. Aquí comienza su vida de trabajo como empleado de un establecimiento comercial al por mayor.

1915

Llega a Madrid para cumplir el servicio militar.

1916

Continúa en Madrid perfeccionándose en el dibujo, al tiempo que cumple el servicio militar.

1917

Al ser licenciado del ejército trabaja en una agencia publicitaria como dibujante. Por entonces siente una gran admiración por el dibujante Federico Rivas.

1923

Participa, por vez primera, en la Exposición Regional de La Coruña, presentando cuatro caricaturas.

1924

Dibuja diariamente viñetas y caricaturas para el periódico "El Faro de Vigo". En esta fecha iniciará su amistad con Castelao, que colabora en "Vida Gallega".

1926

Sigue su colaboración artística en "El Pueblo Gallego", de Vigo. La Diputación Provincial de Pontevedra le concede una beca para estudios en Madrid durante un año. Ejecuta su auto-retrato al óleo que se encuentra actualmente en el Museo Provincial de Pontevedra.

1927

La misma Diputación Provincial de Pontevedra le concede una beca para ampliar estudios de pintura en París. Colabora en la revista madrileña "Nueva España".

1928

Oleos de marcada tendencia expresionista inspirados en leyendas populares (ciegos de feria, muñecas, etc.), que luego destruyó en su casi totalidad. Hace amistad con Federico García Lorca en Santiago de Compostela.

1929

Participa en la exposición internacional de Barcelona. En Santiago le descubren su enfermedad —diabetes— sus amigos estudiantes de medicina, Ares, Adolfo Gallego, García-Sabell y Alvarez González, que ya no lo abandonan un solo momento.

1930

Colabora como dibujante en el periódico de Madrid "El Sol". Realiza una pequeña muestra de sus obras en la sala de la "Asociación de Amigos del Arte", de Santiago de Compostela.

1931

Por motivos políticos es encarcelado durante unos días, sin llegar a ser procesado.

1932

Se le nombra profesor de la Escuela Elemental del Trabajo y Artes y Oficios de Santiago de Compostela. Exposición en el Casino de Vigo.

1933

Desde este año hasta 1937 sigue una interesante serie de dibujos en "El Pueblo Gallego".

El Carnegie Institute, de Pittsburgh, lo invita especialmente para participar en las exposiciones de arte de San Francisco, San Diego y Los Angeles. Participa en las exposiciones al aire libre en "La Barraca". Allí expone la mayor parte de sus obras de Estampas.

1934

Se hace cargo de la cátedra de dibujo del Instituto de Segunda Enseñanza de Noya.

1935

Se traslada a Vigo con el mismo cargo docente.

1936

Obtiene un premio de grabado en la exposición nacional de Bellas Artes, de Madrid.

1937

Es destituido de su cargo de profesor de dibujo. Se aísla cada vez más y sólo contadas personas llegan a él, particularmente gente joven.

1945

Expone con gran éxito en Vigo.

1946

A partir de este año, vive en Santiago y Vigo. Realiza extensamente grabado y óleo. Hace una vida muy retirada por lo precario de su salud. En esta época también escribe y realiza un magnífico ensayo sobre "Fotografía popular, ensayo sobre los sueños, sobre arte, etc.". Mantiene una

asidua correspondencia con el pintor Luis Seoane que se encuentra en la Argentina.

1947

Colabora en "Galicia emigrante".

1949

Participa en la exposición conjunta de "Artistas gallegos", en Buenos Aires. Vende sus cuadros "A xaula" y "Sesta" al Centro Gallego de Buenos Aires y Museo Nacional argentino, respectivamente. Obtiene un gran éxito de crítica.

1950

Colabora en la "Editorial Galaxia", de Vigo, como director artístico.

1953

Expone en la Sala de Turismo de Santiago de Compostela.

1954

Es visitado asiduamente por numerosos estudiantes, hoy gente de gran relieve: Ramón Lugo, Gonzalo Mourullo, Baldomero Cores, Ventura Cores, Salvador García Bodaño. Xosé Manuel López Nogueira, etc.

1955

Le visitan los poetas Manuel María y Novo Neira (con este último le une una gran amistad). Se cruza numerosa correspondencia sobre arte, poesía, etc.

1957

Rechaza públicamente un homenaje que intentan tributarle amigos y admiradores. Está enfermo y al borde de la muerte; se recupera lentamente y es operado por el médico compostelano Dr. Villar Iglesias.

1958

El 15 de abril recibe cariñoso homenaje por parte de la juventud universitaria (García Bodaño, Ventura Cores, Rodríguez Mourullo, Baldomero Cores, Antonio Concheiro, C. Somoza, S. Gallego, J. Maside, J. M. Tejeiro, J. Godoy, J. S. Franco Grande. El 10 de julio muere en Santiago de Compostela.

ESQUEMA DE SU EPOCA

1897

Fallece en Madrid, el 20 de marzo, la escritora coruñesa Feliciano Virginia Auber.

1898

Guerra hispano - norteamericana. Fin del imperio colonial español. Se suicida Angel Ganivet. Nace Federico Gacía Lorca.

1899

Ramiro de Maeztu publica "Hacia otra España". Matías Picavea: "El problema nacional".

1900

Se produce el movimiento modernista.

1901

Picasso comienza su "época azul". Se funda la revista "Arte joven". Nace Manuel Colmeiro en Chapa (Pontevedra).

1902

Nace Rafael Alberti. Coronación de Alfonso XIII. Muere en Santiago de Compostela el pintor Noyés Genaro Carrero.

1903

Se funda la revista "Helios", la publicación española más importante del modernismo. Primer libro de poemas de Antonio Machado: "Las soledades".

1904

Premio Nóbel a Echegaray. Kirchner descubre en el museo de etnografía de Dresden el expresionismo del hombre primitivo.

1905

Einstein fundamenta la teoría de la relatividad. Primera revolución rusa.

1906

Tiene lugar en La Coruña, en los salones del Círculo de artesanos la fundación de la Real Academia Gallega. Muere Paul Cézanne.

1907

Woringer escribe su famosa "Teoría de la abstracción y empatía". Jacinto Benavente estrena "Los Intereses Creados". Picasso pinta en Barcelona "Las señoritas de Avinyò".

1908

Juan Gris, Picasso y Braque pintan los primeros cuadros cubistas. Nace en Lalín (Pontevedra),

el pintor José Abeledo, **Laxeiro**. El 7 de marzo muere en La Habana el poeta gallego del **rexurdimento**, Manuel Curros Enríquez.

1909

Aparece el primer manifiesto futurista de Marinetti, publicado en "Le Figarò", de París, el 20 de febrero. Exposición compostelana de pintura gallega. Nace en Santiago el inminente antropólogo doctor García-Sabell. Nace en Mondoñedo el escritor Alvaro Cunqueiro.

1910

Nace el poeta Miguel Hernández. Revolución del Crystal Palace de Paxton, antecedente del constructivismo ruso. Nace en Buenos Aires el pintor Luis Seoane.

1911

Se crea la C. N. T. XXVII Salón de los Independientes con nutrida muestra cubista. Unamuno: "Por tierras de España y Portugal".

1912

Inauguración en Colonia de la "Exposición desidente internacional de Arte Moderno". Muere D. Marcelino Menéndez Pelayo, el 12 de mayo. D. Alfredo Vicenti patrocina la "Exposición de Pintura Gallega" en Madrid.

1913

Tatlin se entrevista con Picasso en París, difundiendo, a partir de entonces, el constructi-

vismo. Proust "A la recherche du temps perdu". Bernard Shaw: "Pygmalión".

1914

Estalla la primera guerra mundial. Picasso abandona el cubismo. Malevich comienza a construir su teoría de la abstracción geométrica o suprematismo.

1915

Braque cae herido en la primera guerra mundial. Manuel de Falla: "El amor Brujo". Nace en Lánacara (Lugo) el filósofo Ramón Piñeiro.

1916

Creación en Zúrich del movimiento dadaísta.

1917

Sigue el movimiento dadaísta animado por el poeta Tristán Tzara, y los escritores Hülsenbeek y Ball. Theo Van Doesburg funda la revista "De Stijl". Fallecimiento del bardo gallego Eduardo Pondal.

1918

Manifiesto dadaísta de Tzara. Muere Duchamp Villon.

1919

El arquitecto Walter Gropius funda el **Bauhaus** en Weimar. Se crea el fascismo en Italia. Fundación de la III Internacional. Manifiesto ultraísta. Magna exposición de arte gallego en Buenos Aires. Muere el pintor gallego Germán Taibo.

1920

Tatlin crea el monumento a la "Tercera Internacional", con un sentido constructivista. Muere Galdós. Se funda la revista "Nos", pieza fundamental de la cultura gallega. Nace en Santiago el pintor y ceramista Isaac Díaz Pardo. Alfonso Rodríguez Castelao muestra sus dibujos del álbum "Nos" en los salones del Círculo de Artesanos de La Coruña.

1921

Marruecos: Desastre de Annual. Muere en Madrid, el 12 de mayo, la escritora coruñesa Condesa de Pardo Bazán.

1922

Primer congreso constructivista en Düsseldorf. Solana obtiene la Primera Medalla Nacional. José Ortega y Gasset publica "España invertebrada". Premio Nóbel a Jacinto Benavente. Se instala el fascismo en Italia. El dibujante Alvaro Cebreiro firma, en unión del poeta Manuel Antonio, el manifiesto de vanguardia artística y literaria "Mais alá".

1923

Se instaura la dictadura del general Primo de Rivera. Aparece la "Revista de Occidente". Exposición de "De Stilj". Muere Joaquín Sorolla. Muere el historiador Manuel Murguía, esposo de Rosalía de Castro.

1924

Exposición constructivista de Gabo y Pwerner en la sala Percier de París. Muere Lenin. Exposición de Arte Gallego en Vigo.

1925

Se celebra en París la primera exposición surrealista. Franz Röht divulga su concepto de "realismo mágico". Muere el jefe socialista Pablo Iglesias. Premio Nacional de Literatura a Rafael Alberti por su libro de poemas "Marinero en tierra".

1926

Vuelo del "Plus Ultra". Gropius traslada el Bauhaus a Dessau. Premio Nacional de Escultura a Angel Ferrant.

1927

Muere Juan Gris. Heidegger publica "El ser y el tiempo".

1928

Andrè Bretòn publica su primer manifiesto surrealista. Muere Blasco Ibáñez. García Lorca: "El romancero gitano". Primera exposición de Maruja Mallo en los salones de la "Revista de Occidente". Segunda exposición de arte gallego en Madrid. Buñuel realiza, con Dalí, el "Perro andaluz".

1929

Matisse cierra su ciclo de escultura expresionista. Estreno en el Teatro Rosalía de Castro de La Coruña de la ópera gallega "O Mariscal", música de Rodríguez Losada y libreto de Antón Vilar Ponte. Ortega y Gasset: "La rebelión de las masas". Exposición universal de Barcelona. Tratado de Letrán y creación del Estado Vaticano.

1930

Caída de la Dictadura de Primo de Rivera. Los pintores Maside, Souto, Colmeiro, "Laxeiro", etc., y el escultor Eiroa, intentan una renovación del arte gallego, a base de interesarse en los trabajos y los días del pueblo. Se suicida el poeta ruso Maiakovski.

1931

Se proclama, en abril, la segunda república española. El escultor Emiliano Barral ejecuta el busto del eminente médico gallego Dr. Nóvoa Santos. Muere Santiago Rusiñol. Charlot realiza "Las luces de la ciudad".

1932

Se funda en París el grupo "Abstracción-creación". Congreso mundial contra la guerra en Amsterdam (Barbusse, Romain Rolland). Expulsión de los jesuitas de España. Muere el eminente médico gallego doctor don Roberto Nóvoa Santos.

1933

Instauración de la dictadura hitleriana. Fundación de Falange Española. Fundación de la revista "Cruz y raya". La Bauhaus es clausurada por el gobierno Nacionalsocialista. García Lorca: "Bodas de sangre".

1934

Federico García Lorca estrena "Yerma". Julio González se adhiere al grupo "Abstracción-creación". Se instala la "Barraca Resol" en el campo de Santa Susana de Santiago de Compostela.

También se inicia la publicación de "Resol", revista en colores de artes y letras. Sublevación en Cataluña y Asturias.

1935

Se celebra en Roma la primera exposición de artistas italo-alemanes. Su tónica es neo-futurista, de acuerdo con la tectónica fascista que impera. Muere Malevich, autor del suprematismo. Muere el escultor gallego Xoxé Eiroa. Pablo Neruda: "Residencia en tierra".

1936

Estalla la guerra civil española. Muere en la lucha el escultor segoviano Emiliano Barral. Muere Valle-Inclán. Muere Unamuno. Muere García Lorca. Picasso es nombrado director del Museo del Prado. Muere el pintor compostelano Camilo Díaz Valiño. García Lorca: "La casa de Bernarda Alba".

1937

Picasso pinta su famoso cuadro "Guernica". Moholy-Nagui funda el nuevo "Bauhaus" en Chicago.

1938

Exposición surrealista internacional de París. Jean Paul Sartre: "La náusea". Hitler ocupa Austria. Bernanos: "Los grandes cementerios bajo la luna".

1939

Estalla la segunda guerra mundial. Muere Antonio Machado en Francia. Exposición de Maillol

en París. Las tropas de Franco ocupan Madrid y Barcelona y acaba la guerra civil.

1940

Julio González forja en hierro su famosa escultura "Hombre-cactus". Muere Paul Klee. Charlot realiza "El dictador". Se publica en Buenos Aires el libro "Sempre en Galiza", de Alfonso Rodríguez Castelao, al que se llama "Biblia de los gallegos".

1941

Agresión japonesa a Pearl Harbour. Muere Delaunay. El 14 de agosto tiene lugar el estreno en el Teatro "Mayo", de Buenos Aires, de la obra de Alfonso Rodríguez Castelao "Os vellos non deben de namorarse" (Los viejos no deben de enamorarse). Alemania ataca a Rusia. Orson Welles, "Ciudadano Kane".

1942

Muere el escultor español Julio González. Albert Camús publica "El extranjero", y Bertold Brecht, "Galileo Galilei".

1943

Sartre publica "El ser y la nada". Aniquilación alemana en Stalingrado.

1944

Picasso se adhiere al Partido Comunista. En este año fallecen Mondrián, Kandinski, Max Jacob, Maillol, Marinetti.

1945

Muere el pintor José Gutiérrez Solana. Bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki. Capitulación de las tropas alemanas y final de la segunda guerra mundial.

1946

El salón de las "Realidades nuevas" pone como condición que los expositores no sean figurativos. Proclamación de la república en Italia.

1947

Muere en Madrid el escultor Mariano Benlliure. Picasso pinta el monumento a los españoles por Francia. Premio Nóbel a Albert Camús.

1948

Se crea en Barcelona el grupo pictórico "Dau al set". Mao-Tse-Tung entra en Pekín. Vasco Pratolini: "Un héroe de nuestro tiempo".

1949

Picasso realiza una litografía para el cartel del Congreso de la Paz; es una paloma. Simone de Beauvoir: "El segundo sexo".

1950

Nace el "tachismo" norteamericano con Tobey y Pollok. Muere en Buenos Aires el pro-hombre gallego Alfonso Rodríguez Castelao. Se funda en Vigo la "Editorial Galaxia"; primera publicación: "Antífona da cántiga", recopilada por el poeta Ramón Cabanillas. Se inaugura en La Coruña la fábrica de "Cerámicas del Castro".

1951

Tiene lugar la "Primera Bienal Hispanoamericana de Arte": primer premio, Benjamín Palencia. Se inicia la guerra de Corea.

1952

Manifestaciones anti-estadounidenses en Francia. Se inaugura en La Coruña, el 25 de agosto, la exposición de las obras premiadas en la Primera Bienal Hispanoamericana de Arte. Beckett: "Esperando a Godot". Charlot realiza "Candilejas".

1953

Segunda Bienal Paulista de Sao Paulo (Brasil). Muere Stalin. Muere Dufy. Proclamación de la república en Egipto.

1954

Se publica "Total de greguerías", de Ramón Gómez de la Serna. Muere Matisse y Derain. Se inicia en La Coruña la publicación de la revista "Atlántida". Francois Sagan: "Bonjour tristesse".

1955

Eduardo Palozzi ("Idolo hermafrodita") resume la mecanización como un tótem de nuestro tiempo. España ingresa en la ONU. Muere Einstein. Muere el pintor Utrillo. Bardem: "La muerte de un ciclista".

1956

XX Congreso del Partido Comunista en Moscú. En él se estudia una ponencia sobre realismo

socialista en arte. Sublevación e invasión de Hungría. La Editorial "Galaxia" publica en idioma gallego "De la esencia de la verdad", de Martin Heidegger.

1957

Tiene lugar la Primera Bienal del Mediterráneo en Alexandría. Fallece Bertold Brecht.

1958

Levantamiento de Fidel Castro. Juan XXIII sucede a Pío XII. Crisis en Francia y acceso de De Gaulle al poder. Fallece en Poznan (Polonia) la escritora coruñesa Sofía Casanova.

BIBLIOGRAFIA BASICA

BOZAL, VALERIANO

El Realismo. Editorial Ciencia Nueva, Madrid, 1966.

CUNQUEIRO Y GARCIA SUAREZ

Maside. Editorial Galaxia, Vigo, 1954.

MON, FERNANDO

La pintura actual en Galicia. Editorial Galaxia, Vigo, 1965.

PIÑEIRO, RAMON

Cincoenta dibuxos de Carlos Maside. Editorial Galaxia, Vigo, 1950.

SEOANE, LUIS

Maside Grabador. Editorial Centro Lucense, Buenos Aires, 1959.

Carlos Maside. Editorial El Castro, Sada-La Coruña, 1971.

INDICE DE LAMINAS

- “Boneca” (Muñeca).
- “Campesiña sentada” (Campesina sentada).
- “Paixaxe” (Paisaje).
- Alvaro Cunqueiro.
- “Duas paisanas” (Dos paisanas).
- “Paixaxe” (Paisaje).
- “Rapaz a xantar” (Niño comiendo).
- “Tenda” (Tienda).
- Ramón del Valle-Inclán.
- “Tenda” (Tienda).
- “A pequena tenda” (La pequeña tienda).
- Castelao.
- “Cacharreira” (Cacharrera).
- “Tenda” (Tienda).
- “Astilleiro” (Astillero).
- “Froles e buguia” (Flores y caracola).
- “A sesta” (La siesta).
- “Peirao” (Embarcadero).
- Mercado.
- “A res” (La res).
- “Costureira” (Costurera)
- “Peixes” (Peces).

INDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
EL PINTOR	7
SU OBRA	29
EL ARTISTA ANTE LA CRÍTICA	47
ESQUEMA DE SU VIDA	85
ESQUEMA DE SU ÉPOCA	91
BIBLIOGRAFÍA BÁSICA	103
INDICE DE LÁMINAS	105

COLECCION

«Artistas Españoles Contemporáneos»

- 1/Joaquín Rodrigo, por Federico SOPENA.
- 2/Ortega Muñoz, por Antonio Manuel CAMPOY.
- 3/José Lloréns, por Salvador ALDANA.
- 4/Argenta, por Antonio FERNÁNDEZ CID.
- 5/Chillida, por Luis FIGUEROLA-FERRETTI.
- 6/Luis de Pablo, por Tomás MARCO.
- 7/Victorio Macho, por Fernando MON.
- 8/Pablo Serrano, por Julián GALLEGO.
- 9/Francisco Mateos, por Manuel GARCÍA-VIÑO.
- 10/Guinovart, por Cesáreo RODRÍGUEZ-AGUILERA.
- 11/Villaseñor, por Fernando PONCE.
- 12/Manuel Rivera, por Cirilo POPOVICI.
- 13/Barjola, por Joaquín DE LA PUENTE.
- 14/Julio González, por Vicente AGUILERA CERNI.
- 15/Pepi Sánchez, por Vintila HORIA.
- 16/Tharrats, por Carlos AREÁN.
- 17/Oscar Domínguez, por Eduardo WESTERDAHL.
- 18/Zabaleta, por Cesáreo RODRÍGUEZ AGUILERA.
- 19/Failde, por Luis TRABAZO.
- 20/Miró, por José CORREDOR MATHEOS.
- 21/Chirino, por Manuel CONDE.
- 22/Dalí, por Antonio FERNÁNDEZ MOLINA.
- 23/Gaudí, por Juan BERGÓS MASSÓ.
- 24/Tapies, por Sebastián GASCH.
- 25/Antonio Fernández Alba, por Santiago AMÓN.
- 26/Benjamín Palencia, por Ramón FARALDO.
- 27/Amadeo Gabino, por Antonio GARCÍA-TIZÓN.
- 28/Fernando Higuera, por José DE CASTRO ARINES.
- 29/Miguel Fisac, por Daniel FULLAONDO.
- 30/Antoni Cumella, por Román VALLÉS.
- 31/Millares, por Carlos AREÁN.
- 32/Alvaro Delgado, por Raul CHÁVARRI.
- 33/Carlos Maside, por Fernando MON.

En preparación:

Cristóbal Halfter, por Tomás MARCO.
Eusebio Sempere, por Cirilo POPOVICI.
José M.^a de Labra, por Raul CHÁVARRI.

Esta monografía sobre la vida y la obra del pintor Carlos Maside, se acabó de imprimir en Valencia, en los talleres de la Litografía Hijos de Simeón Durá, S. A., el 5 de agosto de 1972.

otros epígonos embarcados en la misma aventura plástica y humana, el pintor de las grandes realidades expresionistas —esto es, un expresionismo real y “realizable”—, que abarcó toda una etapa de la historia plástica gallega en particular, y de la española, con idénticos merecimientos, en general.

Precio: 60 Ptas.

SERIE PINTORES

